

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Octubre de 1932

N.º 2

Esta Revista publica las Conferencias mensuales
— del Centro de Estudios Religiosos —

INDICE

EDITORIAL: <i>El fondo de toda cuestión</i> , por E. v. G.	1
¿ <i>Por qué la Iglesia Católica ha creado la moderna Acción Católica</i> , por Diego Dublé Urrutia	2
<i>Religión y Bellas Artes</i> , por Ramón Subercaseaux	14
<i>Caracteres generales de la exégesis bíblica de la Iglesia Católica</i> , por el Pbro. don Ricardo Mesa	28
<i>El Celibato Sacerdotal</i> , por O. H.	30
<i>El Catolicismo como factor conservador del Estado</i> , por Mrs. Dr. Kaas.	32
<i>El origen del Pentateuco</i>	33
<i>Noticias Religiosas</i>	34
<i>Bibliografía</i>	38



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60

APARECIÓ:

Profecías sobre el fin del mundo

ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS

Rogamos pedirlo luego antes que se agote.

PRECIO: { en Santiago \$ 1.60
 { en Provincias \$ 1.80

EDITORIAL ESTUDIOS

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

EN PRENSA:

El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. CHAUTARD,
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.

Libro indispensable para todos los que quieren
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

EDITORIAL ESTUDIOS

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

EDITORIAL

El fondo de toda cuestión

“Los Estados modifican sus constituciones y transforman sus bases económicas. Los gobiernos cambian y el poder pasa de una mano a la otra,—¿qué hemos ganado con todo esto, si el hombre queda siempre el mismo, si a la transformación social no sigue la espiritual que se manifiesta en la solidaridad, en la caridad práctica, en el sentimiento de responsabilidad y en el espíritu de sacrificio, virtudes todas, sin las cuales es imposible el bienestar social?”

Así dice un manifiesto del Cartel de Asociaciones Obreras de Alemania del mes de Octubre de 1920, que penetra hasta el fondo en las cuestiones social y política de aquel momento, cuyas características no han cambiado, a no ser que se hayan vuelto desde entonces más agudas y más apremiantes, mientras por otra parte la solución parece cada vez más difícil debido al agnosticismo imperante y al laicismo de los gobiernos que confían tan solo en su propio criterio humano, por cierto muy deficiente y de ningún modo capaz de resolver por sí solo problemas tan complejos. Los destinados a regir los pueblos, desprecian las luces de los altos, no imploran la Divina Gracia y hacen caso omiso de los llamados del Romano Pontífice, que hoy por hoy no parece sino una voz que clama en el desierto.

Sigue el manifiesto: “Conscientes de esta verdad, exigen las asociaciones Obreras Católicas de Alemania, la transformación en este sentido no tan solo del Estado, de la Economía y de la Política, sino ante todo la renovación interior de los individuos. Esto no lo exigimos tan solo de los demás, nos lo hemos impuesto en primer término a nosotros mismos. Nos erigimos en baluarte de nuestros supremos bienes: de la fe y de la Iglesia y queremos servirnos de ellas, convencidos que todo intento de renovación de la sociedad es vano, mientras no nos inspiremos en estas fuentes divinas”.

“Con Cristo la humanidad lo puede todo, hasta lo más sublime, lo más ideal, sin El nada alcanzará. Con El, por medio de la verdad que él nos ha enseñado, por el camino que él nos ha indicado, podemos hacer de la tierra un paraíso, podemos secar las lágrimas de nuestros hermanos que sufren, podemos cimentar la vida de un modo perfecto sobre la caridad, la concordia y la verdadera fraternidad. Aún más, de este modo podríamos llegar hasta la comunidad de bienes y establecer la paz permanente y erigir al mismo tiempo las instituciones políticas más libres y más sociales. Pero sin El pereceremos vergonzosa y miserablemente y con desprecio hablarán las generaciones venideras de nosotros”.

Esto es, en realidad, el fondo de toda cuestión, social, económica y política: instaurar todo en Cristo, empezando por nosotros mismos y trabajando cada uno en este sentido dentro de su esfera. Cada uno, sin excepción, desde el Jefe del Estado hasta el último jornalero; y entonces el lema de Pío X no será ya “la gran palabra incomprensible”, como dijo Ramiro de Maetzu.

¿Por qué la Iglesia ha creado la moderna Acción Católica?

Conferencia dada por don Diego Dublé Urrutia, miembro del Directorio del Centro de Estudios Religiosos de Santiago, en el Teatro Miraflores, en sesión pública de dicho Centro presidida por el Excmo. Arzobispo de Santiago, Monseñor Campillo, el 30 de Septiembre de 1932.

1.—Precedentes históricos. — 2. Circunstancias contemporáneas que han determinado el nacimiento de esta institución. — 3. Algunas cifras estadísticas reveladoras.

I.—INTRODUCCION

En diversas épocas de su larga y gloriosa historia, y urgida por circunstancias diversas, nuestra Madre la Iglesia Católica ha creído necesario llamar en su auxilio a sus hijos seculares, para hacerles participar en el apostolado evangélico que N. S. Jesucristo confió exclusivamente a la jerarquía eclesiástica. Por otra parte, la Iglesia no se ha negado nunca a aceptar, y ha consagrado y hecho suyas las obras y actividades de iniciativa individual que ha considerado útiles al mantenimiento y expansión del Reino de Jesucristo en el mundo. Esta colaboración de los seculares en la obra propiamente eclesiástica, este apostolado auxiliar que en el curso de los siglos ha tomado innumerables aspectos, es lo que por lo general lleva el nombre de "acción católica seglar"; acción que recogida en un solo haz, universalizada, jerárquicamente organizada, religiosamente adoctrinada, y llevada a todas las actividades de la vida bajo la suprema dirección de la Iglesia, de acuerdo con las exigencias de los tiempos que atravesamos, y fuera por encima de los partidos políticos, ha tomado en nuestros días el sencillo nombre de Acción Católica, y ha pasado a constituir, por resolución perfectamente autorizada del Soberano Pontífice, un nuevo deber sacerdotal para la Jerarquía, y de vida cristiana para todos los seculares.

Mi propósito es sólo recordar a grandes rasgos en esta conferencia algunos de los precedentes históricos, lejanos y próximos, de esta institución contemporánea, llamada sin duda a ejercer una gran influencia en la pacificación y pro-

greso espiritual del mundo; a precisar, hasta donde cabe, las circunstancias inmediatas que han determinado su creación, y finalmente a esbozar un breve cuadro estadístico que pone poderosamente de relieve la necesidad de la universal falange que se está organizando, en el mundo entero y particularmente en nuestro país.

II.—PRECEDENTES HISTORICOS DE LA ACCION CATOLICA

Damos una mirada panorámica a la historia de la Acción Católica Seglar.

No ha mucho nuestro Excelentísimo señor Arzobispo nos observaba en un discurso, que Jesucristo no escogió para primeros apóstoles suyos a sacerdotes, sino a seculares, y modestísimos. Se ha recordado también muchas veces que las cartas de San Pablo y otros documentos primitivos, dejan constancia del apoyo que a esos mismos apóstoles y a sus inmediatos sucesores, prestaron numerosos cristianos, varones, mujeres y niños, colaborando con ellos en la predicación y catequización, en la organización de las primitivas "Iglesias", en el servicio del culto, la beneficencia y el auxilio de los pobres, viudas y huérfanos, en la recolección de dinero para esos servicios y en otros menesteres espirituales y materiales.

He aquí ya diseñada, y en sus rasgos primitivos más característicos, la A. C. seglar y la mejor que hoy—dentro de cuadros nuevos—se nos señala como ejemplo; ya que aquellos cristianos llevaron su celo apostólico hasta el completo sacrificio de su situación personal, de su tranquilidad, de su fortuna, y en millares de casos hasta de su propia vida. Los centenares de miles de mártires que en los primeros siglos regaron con su sangre el evangélico "grano de mostaza" que había de convertirse con el tiempo en árbol frondosísimo,

fueron, en efecto, en su inmensa mayoría apóstoles seculares, héroes de la A. C. seclar estrechamente unida a la Jerarquía, a cuya excelsa virtud se debe, en gran parte y en lo humano, la rápida y universal expansión del cristianismo.

Ante nuevas necesidades de la Iglesia, particularmente ante el peligro de las grandes herejías y relajamientos paganos, suscitó Dios nuevos apóstoles, muchos de ellos seculares o semi seculares: tales fueron entre otros millares de hombres heroicos que para dar prueba de fe, santidad y sacrificio, en una época por sus vicios tan parecida a la nuestra, se retiraron a orar y hacer penitencia, por sus pecados y por los de la humanidad, a los desiertos y otros sitios; produciendo tan extraordinario efecto en el mundo entero su oportuna acción apostólica, que entre sus innumerables conquistas a la distancia, se cuenta, en buena parte, la del propio San Agustín, según lo declara él mismo en sus Confesiones.

Y apóstoles de Acción Católica fueron también las falanges de escritores, oradores, apolo-gistas y profesores—muchos de ellos seculares—que con tanto beneficio para la Iglesia florecieron por aquellos tiempos particularmente en las escuelas orientales griegas de formación teológica.

A necesidades análogas y a las de una más vasta catequización del mundo obedeció el nacimiento de las Ordenes religiosas, providenciales ejércitos auxiliares de la Jerarquía, las cuales multiplicándose, reformándose, y diversificándose en extremo, según las necesidades de los tiempos han ayudado hasta hoy en forma maravillosa a la cristianización y civilización del mundo, y a la defensa de la Iglesia. Estos institutos de Acción Católica no han sido, por cierto, de seculares, como los que hoy especialmente se piden; pero no hay que olvidar que muchos de ellos fueron fundados por convertidos salidos casi inmediatamente del mundo seclar, como los del Carmen, los Hermanos Menores y la Compañía de Jesús, fundados respectivamente por el cruzado Beroldo, Francisco de Asís, comerciante, e Ignacio de Loyola, militar. San Bernardo de Clairvaux, el gran San Bernardo, saltó desde el seclarado a reformar la decaída Orden benedictina, a defender el papado y a gobernar, puede decirse, la Europa de su tiempo. La historia de la Iglesia está llena de ejemplos como estos.

Obras propiamente seculares, ideadas y fomentadas por la Iglesia, fueron en cambio, durante la Edad Media, esas grandiosas Cruzadas que duraron tres siglos, y a cuya acción militar—no siempre feliz—se debió sin embargo la defensa de la Europa cristiana contra la invasión mahometana y asiática, la extensión del comercio y una mayor unificación y democratización de la cristiandad. Como también fueron obras de acción seculares esas hijas de las Cruzadas, esas Ordenes Militares de Caballería, semi monásticas, tan numerosas, y en su mejor tiempo tan útiles. Ellas se ocuparon en la defensa de los Santos Lugares y de los peregrinajes, en el mantenimiento del imperio de la ley y la justicia en los campos, y en general, en la seguridad y defensa del cristianismo en toda Europa. “Servicio armado de Dios y de los débiles”, llamaba Federico Ozanam a la Caballería. De “élite consagrada a la defensa de la justicia, el coraje y el honor”, la califica Monseñor Charles, obispo de Versalles.

Algo análogo cabe decir de las Corporaciones Profesionales de Artes y Oficios de la misma Edad Media, suscitadas, fomentadas o amparadas por la Iglesia, que poderosamente ayudaron con formación y acción semi religiosa—al mantenimiento y propagación de la fe, a la cristianización de las bellas artes y las artes útiles de la política y las costumbres, y a la defensa de eso que hoy se llama Justicia Social, dentro del concepto económico y social cristiano.

Y ya que hemos recordado las bellas artes ¿quién ignora que un verdadero ejército de arquitectos, pintores, escultores, músicos, orfebres, artistas del vidrio, del libro y del metal, etc., (sin olvidar por cierto a los poetas encabezados por el Dante, el mayor poeta católico de todos los tiempos) los más de ellos seculares, coadyuvaron en forma extraordinaria, al apostolado de la Jerarquía, particularmente entre los siglos XII y XVI, poniendo *piadosamente* la Belleza, en todas sus formas, al servicio de la fe y cultura católicas, de la interpretación de las Santas Escrituras, de la Liturgia, del decoro del culto y el templo, la catequización, etc.?

Y junto con ese apostolado de los poetas y los artistas habría que recordar también ese otro aspecto de la acción de la inteligencia cristiana

que fué la obra apostólica de las antiguas Universidades, creadas o fomentadas por la Iglesia en toda Europa; como, dentro de ciertos límites, siguen siendo hoy los cincuenta grandes institutos universitarios, los innumerables de instrucción secundaria, primaria y especial, de tendencia confesional católica, y de personal en buena parte seglar que florecen y se multiplican en todos los continentes y entre todas las razas.

Muchísimo más podríamos decir, si el tiempo lo permitiera, de aquellos lejanos siglos cuya verdadera historia es por lo general tan poco conocida; como asimismo de las tres centurias que median entre ellos y nuestro tiempo. La verdad es que ninguna época la Jerarquía Eclesiástica se ha visto completamente abandonada por el seglarado en sus exclusivas y apostólicas tareas. Cuando una clase social se ha enfriado, otras han tomado su sitio. Cuando el sexo masculino ha caído en la apatía, la mujer, infatigable en la abnegación y el sacrificio, ha llenado con extraordinario ardor y constancia el gran vacío. Pero, con todo, no es posible desconocer que desde el siglo XVI al nuestro, en que renace el apostolado seglar ha sufrido una gran decadencia. Y esta decadencia ha sido paralela al secular y revolucionario ensayo liberal que en nuestros días hace tan horrenda crisis. Pocas obras de iniciativa y acción propiamente laica se observan en esos tres siglos, tristes bajo ese aspecto, aunque tan fecundos en grandes Santos y en obras de acción propiamente religiosa. En los descubrimientos y conquistas de América y la India, se han observado numerosos actos de fe y generosidad seglar, que han aprovechado a la Iglesia. Los navegantes católicos sembraron los océanos y las costas con los nombres y memoria de los Dogmas y de los Santos. Las Congregaciones Marianas datan de comienzos de ese mismo período. El tan contradictorio apostolado apologético de Pascal se coloca en el siglo XVII. En una revista francesa se recordaba últimamente un extraordinario precedente de la moderna Acción Católica, situado en pleno siglo XVIII. Es preciso, pues, llegar al siglo XIX, a su segunda mitad, y sobre todo a la primera mitad del siglo que corremos, para consolarse de tanta ruina y de tanto vacío y abrir ampliamente el corazón, a

la vez que el espíritu de las santas luchas, a las ilimitadas esperanzas del porvenir.

III.—EN EL SIGLO XIX

Los primeros 50 años del siglo que se llamó asimismo "de las luces", conmovidos por los grandes cambios a que dió origen la Revolución Francesa, no ofrecieron propicio ambiente a un movimiento efectivo de acción católica seglar, como el que había de producirse en la segunda mitad del siglo. Por esos años, la Iglesia fué blanco de casi universales ataques y hasta se llegó a profetizar su muerte próxima. Los hechos iban a desmentir en breve, una vez más, esos males augurios, a pesar de la visible decadencia del poder temporal de los Papas, sellada con su pasajera desaparición en 1870. En realidad, en esa época adversa se preparaba en la Europa católica y en Estados Unidos todo un vasto y multiforme movimiento secular, al amparo de la obra doctrinaria y política de la propia Iglesia. De 1801 a 1830, la Santa Sede concluyó con las diversas naciones más de 30 concordatos, a semejanza del celebrado en aquel primer año por Pío VII con el Primer Cónsul Bonaparte. "La Iglesia aprovechó—dice el autor de quien tomo estos datos—del movimiento liberal que se produjo en la política general de las naciones europeas, para reconstruir o desarrollar, antes de la primera parte del pontificado de Pío IX, sus obras de apostolado, beneficencia, piedad y educación" (F. Mourret. *Ecclesia*). El catolicismo avanzó en las naciones protestantes. En Alemania se echaron las bases del partido que, a la larga, había de constituir el actual poderoso Centro Católico. Los fieles ingleses obtuvieron, no sin arduas batallas, y ayudados por los irlandeses, el restablecimiento de la Jerarquía suprimida siglos antes. En Holanda y Países Escandinavos dejaron de aplicarse, o fueron suprimidas, las leyes adversas a la Iglesia. Los cantones católicos suizos ensayaron una federación defensiva. (F. Mourret). En Estados Unidos se fundaron Universidades. De 1833 datan las Conferencias de San Vicente de Paul, ideadas y establecidas por el gran escritor y profesor de la Sorbona. Federico Ozanam, hoy en vías de beatificación. Los nombres de Chateaubriand, De Maistre, Donoso

Cortés, Veuillot, Manzoni y otros ilustres escritores y apologistas seculares, aparecen, a veces, unidos en aquella primera mitad del siglo, a diversas obras y conquistas importantes para la religión, en sus respectivos países, y aún en el extranjero. Finalmente, una prensa católica naciente populariza y defiende las Encíclicas papales que, desde Gregorio XVI en 1832 a Pío IX en 1864, expusieron con valor y precisión las protestas y condenaciones de la Iglesia contra los peligros de la anarquía, el indiferentismo, y el liberalismo; encíclicas que hoy, cumplidas las previsiones de los Papas, siguen conservando todo su valor doctrinario e histórico.

Pero, es a partir de la revolución de 1848, que se inicia realmente la preparación de la moderna Acción Católica, al amparo del período de mayor libertad y organización política representativa, que trajo aquella revolución. Es el movimiento de apostolado secolar nacido por aquellos días, suscitado y protegido por la Iglesia, el que a través de 84 años de experiencias generalmente nacionales, ha venido a concretarse ante nuestros ojos en la organización universal del actual pontificado. Casi en todos los países católicos se organizaron entonces partidos parlamentarios que inscribieron en sus estatutos algunos de los principios católicos y la defensa de la Iglesia. Y digo algunos principios, y no todos, porque por lo general, esos partidos, esencialmente políticos, adhirieron a los principios económicos del liberalismo.

En muchas naciones se fundaron por esos días instituciones con el nombre de "Unión Católica" para reunir en su seno a los católicos esparcidos y divididos por largos lustros, de revoluciones, persecuciones y combates, y para defender a la Iglesia, ayudarla y fomentar el apostolado secolar frente a las crecientes ofensivas del laicismo y del socialismo naciente. Suiza organizó el "Pius Verein", Alemania, el "Catolischer Verein", Bélgica, "L'Union Catholique", España, "La Asociación de Católicos", Inglaterra, "The Catholic Union", etc. Pío IX concedió su aprobación a todas estas asociaciones y las fomentó con su aplauso (Civardi), casi todas ellas desarrollaron y transformaron con los años, creando nuevas instituciones u obras filiales, muchas de las cuales hoy existen, prosperan y se hallan ins-

critas en el vasto ejército de la presente acción Católica. De ellas, en buena parte, y del Congreso Internacional Católico de Malinas (1883)—origen de tantos otros—procedió la "Asociación Católica para la libertad de la Iglesia en Italia", muy pronto destruída por la persecución masónica, pero que, reemplazada en 1869 por la "Sociedad de la Juventud Católica Italiana", dió origen, a través de los años, a las modernas instituciones de acción católica de ese país, cuyo admirable desarrollo y experiencia de todo orden—particularmente políticas—durante más de sesenta años, tan útiles han sido a la formación del organismo universal actual.—La intervención de los Papas en pro del mejor desarrollo de esta obra secolar, en el curso del tiempo, ha sido intensísima.

No menor interés ha puesto la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX y lo corrido del presente, en el desarrollo de otras actividades seculares indispensables a nuestra época. Me refiero particularmente al movimiento católico económico-social, u obrerista, iniciado ya en Alemania, Suiza e Inglaterra en el segundo tercio del pasado siglo, por tres ilustres precursores, los Obispos Ketteler, Mermillod y Manning, respectivamente. La organización de los trabajadores según los principios católicos, que culminó en la Asamblea Internacional de Friburgo de 1887 (preparatoria de la Encíclica *Rerum Novarum* publicada en 1891) cuenta hoy en Europa sola con más de 2,200,000 obreros unificados en la Confederación de Sindicatos Cristianos y en la Federación Internacional de las Ligas Obreras Católicas (que tiene finalidades culturales y educativas, y no sindicales como la anterior) cuya sede central se halla en Holanda. Pocos son estos confederados si se les compara con los 32 millones de adherentes que se dice reúnen los socialistas y comunistas; pero entre esos millones, hay varios de católicos extraviados o forzados, que una política económica en armonía con las enseñanzas papales, y el seguro fracaso del socialismo verdadero, habrán de reconquistar, lo esperamos en Dios, para la Acción Católica.

No podría olvidar aquí, entre los precedentes históricos de los últimos ochenta años, algunas organizaciones, hechos e iniciativas importantes. A este período se deben diversas obras en pro

de las Misiones; la de la Propaganda de la Fe, inspirada por Dios a María Paulina Jaricot, francesa; los Caballeros de Colón, que ya se acercan al millón en los Estados Unidos, Inglaterra, Canadá y otros países; las numerosísimas obras de los Congresos Internacionales con tantos y tan variados fines; la "Unión Internacional de las Ligas Femeninas Católicas" cuyas adherentes suben de 21 millones y tanta influencia han tenido hasta en resoluciones de la Liga de Naciones; "Pax Romana", La Unión Internacional Católica de Ciencias Sociales, la Semana Católica de Estudios Internacionales, etc. La publicidad, libros, prensa, asociaciones profesionales, ligas, revistas, tracts y hojas sueltas, han aumentado en vastísima proporción. Enciclopedias y diccionarios, obras de reconstitución de la historia, sociedades de liturgia, arte y ciencia, centros innumerables de estudios religiosos y de todo orden; el inmenso y creciente sistema de enseñanza católica extendido por todo el mundo, etc... imposible sería dar aquí una idea aproximada siquiera de este verdadero renacimiento de la Acción Católica seglar—dirigida o vigilada por la Jerarquía—que ha preparado el campo a la actual Acción Católica, y forma hoy, con sus prósperas obras, la mejor base de la institución apostólica creada por la Iglesia.

Permítaseme, sin embargo, por tratarse de una iniciativa de nuestra raza, que tantas y tan eficaces ha tenido en materia religiosa, detenerme un instante, antes de hablar de Chile, en el admirable y poco conocido proyecto que hace más de ochenta años ideó y comenzó a llevar a la práctica en España el santo y genial fundador de la Congregación misionera de los Hijos del Corazón de María, Revdo. Padre Antonio María Claret. Este ilustre español, a quien pronto esperamos ver elevado al honor de los altares, ideó una institución universal destinada a reunir y organizar para la acción católica a todos los intelectuales del mundo—letras, artes, ciencias, periodismo, etc.—y a todos los simpatizantes con la obra evangelizadora de la inteligencia católica. Los estatutos y planes de este grandioso proyecto—cuyo conocimiento debo al Revdo. Padre Torre Echeverría, del Corazón de María—fueron alabados por Pío Nono. La Academia Cató-

lica de San Miguel—título que dió el Siervo de Dios a su proyecto—espera todavía al apóstol o apóstoles que la lleven a la práctica, en esa o parecida forma. Acaso los Congresos de Escritores y Periodistas Católicos que anualmente se reúnen en Alemania, Francia, Austria, Checoslovaquia y otros países, y la Unión Internacional Intelectual Católica que ha ideado últimamente un católico inglés, vengan a convertir pronto en hecho tan admirable idea.

IV.—EN CHILE

Es grato observar que nuestra patria no se quedó demasiado atrás en el movimiento general de los últimos 80 años. Por lo contrario: puede considerarse la acción de nuestros seglares como una de las más intensas y valiosas de la América Latina. Limitándonos al tiempo corrido entre el año 1852 en que aparece la Sociedad de Beneficencia, presidida por doña Antonia Salas, hasta nuestros días, la historia del apostolado seglar en nuestro país merecería un estudio detallado, rico en gratas sorpresas para el investigador, que desgraciadamente no cabe en esta conferencia. Acción benéfica y pia acción social, organización obrera, acción política, de todo hubo un poco, y aún mucho, en este interesante período de nuestra historia religioso social. Me limitaré ahora a recordar con algunos detalles la obra más característica de esa acción, dentro del orden de ideas que vengo exponiendo, esto es la fundación, en 1883, a imitación de lo hecho ya en Europa, de la "Unión Católica Chilena", institución que duró pocos años pero que dejó obras positivas que perpetúan su memoria.

El 1.º de Junio del citado año, a la misma hora (medio día) en que el Presidente de la República Santa María, declaraba la guerra a la Iglesia en su mensaje anual a las Cámaras, autorizó y bendijo el Vicario Capitular Monseñor Larraín Gandarillas, los estatutos de la nueva institución, que por iniciativa del propio Obispo, le presentaron (según expresión de D. Abdon Cifuentes de cuyos discursos y memorias inéditas tomo estos datos) "dos humildes cristianos", verdaderos precursores de la Acción Católica Chilena: el propio señor Cifuentes y D. Domingo Fernández Concha. Multitud de católicos co-

rieron a inscribirse en la Unión, en toda la República. Así respondieron los fieles chilenos al desafío que les lanzó el laicismo, el liberalismo triunfante en el poder.

El plan de la nueva institución, fuera ya y por encima de la política de combate como lo quería León XIII y el propio Monseñor Larraín Gandarillas, tendía a prestar una cooperación eficaz a los trabajos del clero, y a "formar al apóstol laico del catolicismo". Como "obra de regeneración cristiana, obra esencialmente religiosa y social", la presenta en uno de sus discursos el señor Cifuentes. "Triple cruzada—dice—de gracia,³ de ilustración y de organización... 'Obra de regeneración moral, de regeneración social... la Unión se propone alcanzar esos fines por el establecimiento de asociaciones permanentes destinadas a congregar a los laicos... en asociaciones de estudio, y de defensa en común de sus intereses religiosos y sociales... el cultivo del espíritu de fraternidad cristiana", etc.

El plan práctico de la Unión se proponía: la fundación de círculos católicos para las clases ilustradas y los obreros; obras de piedad y de caridad; centros de distracciones honestas y útiles; academias y conferencias literarias y artísticas para jóvenes; clubs amables y cultos, hogar común, severamente honesto para los católicos, como una continuación de la familia, etc." Bendecida por León XIII, la Unión cumplió muchas de sus promesas y formó ambiente para otras obras que las suyas. La munificencia del Sr. Fernández Concha construyó un club o círculo para "las clases ilustradas", dos grandes teatros el uno en la calle Ahumada (actual Principal) para dichas clases y el otro para reuniones y espectáculos honestos destinados al pueblo, en la calle de Arturo Prat (actual Coliseo); y además un Círculo modelo para obreros en la calle Salas, con capilla, capellán, teatrillo, sala de entretenimientos, escuela, biblioteca... En la Asamblea General de 1886, se enumeraban también, entre las obras llevadas a cabo, 3 sociedades de piedad, 2 de caridad, 13 escuelas católicas, 2 academias literarias, varios diarios y periódicos (había entonces en Chile 22 periódicos católicos entre ellos 6 diarios). En la Asamblea de 1886 se dió cuenta de que se había iniciado desde Santiago la organización de la Unión Católica Ame-

ricana... Por aquella misma época nació también, en 1884, nuestra Universidad; y de la prolongación de este período de activo entusiasmo, después de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891, surgió el movimiento económico social de grupos de católicos de vanguardia que construyeron casas y poblaciones para obreros, con círculos y escuelas gratuitas, y fundaron patronatos, sociedades y organizaciones destinadas a la educación popular y labor post escolar, etc.

De todo eso mucho queda en pie. Pero desapareció rápidamente la Unión Católica, en 1891, envuelta en la vorágine de la revolución de aquel año.

Posteriormente desaparecieron también los teatros y otras obras nacidas en aquellos días. Fin lastimoso de una institución que debió ser permanente, y conservarse, como lo querían el Pontífice, el Prelado y los apóstoles seculares que la fundaron, preferentemente religiosa y social, evangélica, apostólica, fuera y por encima de la política militante. La Universidad Católica, hoy floreciente a pesar de sus crisis financieras, y varios patronatos, escuelas y casas para obreros, hacen perdonar, por si solos, la falta de constancia de la generación que tuvo tan eminentes apóstoles y tan nobles iniciativas.

Con posterioridad a aquella época se han creado en Chile numerosísimas obras de acción secolar católica, propiamente tales, o de carácter pío y benéfico, esto es "auxiliares". También se han intensificado y difundido obras ya existentes desde mediados del siglo XIX, y aún anteriores como la Hermandad de Dolores, las Conferencias de San Vicente de Paul y las Congregaciones Marianas. Entre las menos antiguas mencionaremos las asociaciones de la Buena Prensa y de la Doctrina Cristiana, la Sociedad de Instrucción y Habitaciones para Obreros, la Liga de Madres Cristianas entre varias instituciones del mismo carácter, las Asociaciones Nacionales de la Juventud Católica Femenina, y la de Estudiantes Católicos, la Unión de Centros de Obreros y Empleados, y la Unión Social Católica de Chuquicamata—de carácter económico social.—Por falta de tiempo lamentamos no poder siguiera enumerar muchísimos otros que prosperan en la capital y en las provincias.

V.—LA UNION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

Antes de poner término a esta parte histórica de mi exposición, creo indispensable recordar hechos esenciales del pasado, sin los cuales no sólo la historia del seglarado sino la de la misma Iglesia, quedaría fundamentalmente trunca. ¿Obra de acción católica? . . . No sé como llamarla. Se trata de la alianza o unión constitucional y legal de la Iglesia y el Estado—y en el hecho, de la Jerarquía y el seglarado católico,—iniciada por el emperador Constantino y perfeccionada en los días del celeberrimo apóstol seglar que fué Carlo Magno; y hoy, en muchos países, desaparecida o a punto de desaparecer. En virtud de esas estrechas y sinceras relaciones entre ambos poderes, un nuevo estado de cosas se produjo desde mediados del siglo IV para el cristianismo, su fomento y su expansión en las clases altas y en las masas, que permitió a la Iglesia evangelizar, cristianizar, formar la conciencia católica de la humanidad, e influir poderosamente en la educación política, en la aplicación de la nueva justicia en el mundo, y en la unificación de la Europa; y ello, a través del Estado, esto es, de la Ley, y de los seglares católicos generalmente encargados de la dirección y administración de las naciones. De esa situación proceden, en gran parte, las modernas nociones de Justicia y Derecho, y la Libertad cristiana, esto es la Civilización cristiana. El sincero reconocimiento del catolicismo como religión de los Estados; la enseñanza, la beneficencia y la asistencia pública religiosas o confesionales; la llamada "cristiandad", verdadera Liga de las Naciones de aquellas épocas; la ayuda financiera de los Estados al culto, constituyeron durante muchos siglos—aun con todos los gravísimos defectos del sistema, y antes de su degeneración—una ayuda católica secular inmensa, cuya desaparición creciente, en virtud del triunfo ulterior del absolutismo, el racionalismo y el laicismo, ha cavado y sigue cavando, ante la religión y la civilización, abismos de indiferencia u hostilidad, inconmensurables nuevos campos de evangelización y restauración religiosa, que ha sido preciso comenzar a llenar desde hace algunos años con métodos, organizaciones y apostolados nue-

vos, esto es, en síntesis, con la moderna Acción Católica.

VI — CIRCUNSTANCIAS CONTEMPORÁNEAS

Lo que acabamos de decir acerca del laicismo nos hace entrar con pie derecho en la rápida consideración de las causas contemporáneas que han determinado a los papas a crear la nueva Acción Católica.

Súbitamente, puede decirse, la Iglesia, o más exactamente la Jerarquía eclesiástica, se ha encontrado no hace muchos años con el gravísimo fenómeno de su incapacidad, por la escasez de sacerdotes, de llenar prácticamente los inmensos deberes que hoy comporta su evangélico apostolado. Y no es que los sacerdotes hayan disminuido en número—salvo en limitados países y regiones mientras en otros aumentaban extraordinariamente—sino que su crecimiento numérico no corresponde, ni mucho menos, al enorme aumento de las exigencias del apostolado.

Ya hemos entrevisto los vastísimos campos de acción que crea el laicismo, ya sea descristianizando a generaciones enteras de estudiantes, militares, empleados, etc.—cuyo contacto le queda prohibido al sacerdote—; ya sea creando núcleos anticlericales y antirreligiosos militantes. El régimen liberal capitalista, filosóficamente fundado en el egoísmo y en la adoración de la materia y el placer, ha conducido, por una parte, al indiferentismo religioso de las nuevas clases ricas y al enfriamiento de las antiguas (recordemos que sólo en los Estados Unidos existen hoy más de sesenta millones de hombres, y de las mejores clases, sin religión alguna); y, por otra, al comunismo activo y hostilmente ateo, que va arrancando de la fe a masas inmensas de proletarios y pretende destruir prácticamente todas las religiones y aún la idea misma de Dios. "Aprovechándose de tanta estrechez económica y de tanto desorden moral—dice el santo padre Pío XI en una de sus encíclicas—los enemigos de todo orden social, llámense comunistas o tengan cualquier otro nombre, y es este el mal más terrible de nuestro tiempo, audazmente se dedican a romper todo freno, a despedazar todo vínculo de ley divina o humana, a empeñar

abierta o secretamente la lucha más encarnizada contra la religión, contra Dios mismo, desarrollando el diabólico programa de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, todo sentimiento religioso... Y así vemos hoy lo que jamás se viera en la historia, a saber: desplegadas al viento, sin escrúpulo alguno, las banderas satánicas de la guerra contra Dios y contra la religión, entre todos los pueblos y en todas las partes del mundo”.

Otro fenómeno, entre muchos, viene a agregarse a los ya citados: la unificación de la humanidad y la inaudita expansión de la vida civilizada, fuentes para la Iglesia de enormes nuevos campos de actividad en los cuales deben emplearse millares de sacerdotes y religiosos. El Asia y la Oceanía, con sus pueblos innumerables y por lo general religiosísimos; el Africa, no tan poblada, pero también muy extensa y en vías de invasión islámica; las Américas mismas, cuyas evangelización en las regiones indígenas y rurales parece que, en muchas partes, estuviera sólo en comienzos, exigen un inmenso número de catequistas, sacerdotes y maestros, monjes y religiosas, un ejército misionero en suma, que hay que crear, y que de hecho se está creando, pero que para su perfección y éxito requiere el impulso unánime, organizado y entusiasta del catolicismo entero.

Otro cambio con que debe enfrentarse la Iglesia es el crecimiento monstruoso de las grandes ciudades sobre todo de sus barrios populares generalmente desprovistos de templos, escuelas y servicios religiosos, e infestados de comunismo y vicios, y con una verdadera psicosis de cambio y locomoción. Muchos de esos inmensos barrios mudan de habitantes constantemente. En París hay parroquias con 80,000 pobladores. En Santiago las hay con 30 o más miles. En México, la feroz y tenaz persecución masónica las quiere crear de 100.000 y más feligreses... ¡¿Qué podrán hacer poquitos sacerdotes ante esas gigantescas necesidades, cuando muchas veces deben ganarse la vida con sus manos, o emplearse hasta en los más ínfimos servicios de la casa o del templo, cuando éste o aquella merecen el nombre de tales?

Aparte de estas grandes novedades, existen todavía otros campos de apostolado dentro de la

Iglesia misma, atacada, desgraciadamente, en no pequeña parte de sus fieles, por variados males espirituales, como la decadencia o perturbación de la fe y de las costumbres, el egoísmo, la abulia, la indisciplina y desorganización, la ignorancia e incultura religiosas, la avaricia, etc... Se encuentran hombres que se dicen católicos, hasta en los campos más adversos a la religión y a la Iglesia; y hasta los hay — como lo dice en una de sus últimas encíclicas el Santo Padre,—que utilizan la religión como un biombo para sus abusos. Todo esto crea entre los católicos mismos extensísimos sectores de evangelización y restauración espiritual.

Muchísimo más podríamos decir acerca de este mapa contemporáneo del mundo católico y sus necesidades actuales. Pero para ello habría que extenderse en analizar la causa primera—dentro de nuestros tiempos—de tan graves males, es decir, el predominio, que con frecuencia es tiranía, de las doctrinas racionalistas, materialistas y liberales, fuentes de ateísmo y paganismo, y sus proyecciones en los sectores de la política, la ciencia, el arte, la prensa, la sociabilidad y las costumbres, de la religión misma. Proyecciones todas que si por una parte confluyen en la formación del inmenso ejército adverso o indiferente a la religión, por otra—y como reacción del instinto naturalmente religioso y de conservación de la humanidad—tienden una vez más a la elevación histórica del catolicismo y del papado a la categoría de “leaders” de la universal fe y de la civilización cristiana en peligro. Situación de comando superior o único, y de “lucha sobre numerosos frentes”, como dice el Santo Padre, que comporta a su vez deberes y actividades extraordinarios.

VII. — ALGUNAS CIFRAS ESTADÍSTICAS

Algunas cifras estadísticas ayudarán a esclarecer esta situación de la Iglesia en el mundo, y particularmente en Chile; y la absoluta necesidad del apostolado seglar o Acción Católica. Tomo mis datos de diferentes documentos fehacientes, pero sin darles por cierto un valor absoluto sino el muy relativo que tienen todas las estadísticas—sobre todo las religiosas.

Para Chile—donde desgraciadamente no existe todavía una oficina central de estadística católica—he utilizado las informaciones públicas y algunas aun inéditas del arzobispado; así como las del Estado y las de algunas congregaciones religiosas, párrocos y otras personas a quienes venimos consultando sobre estas materias desde hace algunos años. Para el extranjero nos hemos servido de los últimos cálculos universales y otras informaciones, basadas en gran parte en las de la Santa Sede, aparecidas en los últimos meses en respetables revistas católicas, europeas y americanas; y en grandes diarios, particularmente en *L'Osservatore Romano*. El ya famoso "Atlas Geográfico y Estadístico de la Iglesia" publicado en 1929 por el P. Carlos Streit, nos ha sido utilísimo.

He aquí esas cifras:

En una población mundial que se aproxima a los dos mil millones de almas (almas—observémoslo—redimidas por Jesucristo, y cuya suerte presente y futura no puede ser indiferente a ningún verdadero cristiano), nuestra religión ocupa el primer porcentaje entre los nueve grandes grupos religiosos que se reparten el dominio espiritual del planeta. Esta cifra es poco más del diecisiete y medio (17 1/2) por ciento del total de la población mundial, o sea trescientos cincuenta y dos millones (352). Quedan por lo tanto más de mil quinientos (1500) millones de hombres que será preciso convertir, o intentar convertir en el curso del tiempo, a la religión verdadera; y, entre ellos, los cristianos disidentes—protestantes, griegos cismáticos, etc.—los cuales, juntos, representan el veintiuno por ciento (21%) del total de la población mundial.

Para esta magna obra de conversión, como para el servicio pastoral, religioso y cultural de los actuales 352 millones de católicos, sólo contaba la Iglesia hace tres años con poco más de trescientos mil (300,000) sacerdotes, entre seculares y regulares; con treinta mil hermanos laicos (30,000) más o menos, cuatrocientos treinta mil religiosas (430,000) y setenta mil (70,000) seminaristas: en total, cerca de novecientos mil (900,000) hombres y mujeres que se dedican, por decirlo así, profesionalmente, aunque con gracia y preparación diversas, al mantenimiento y expansión del catolicismo.

Agreguemos a esta última cifra algunos centenares de miles de hombres y mujeres, seglares, que en una u otra forma coadyuvan, bien que por lo general desordenada e intermitentemente, a los trabajos de la Jerarquía, y comprenderemos que ésta no pueda en tales condiciones, satisfacer hoy normalmente ni siquiera una parte razonable de las exigencias del apostolado en el mundo.

Ya que somos americanos, observemos que de esos trescientos mil sacerdotes sólo poco más de cincuenta y un mil (51,000) sirven a la Iglesia en nuestro doble continente, poblado, en extensiones inmensas de territorio, por más de doscientos millones (200.000) de almas. Más aún, y esto nos interesa más de cerca a los chilenos, de esos 51,000 sacerdotes, menos de diez mil (10,000) actúan en nuestra América Austral, que cuenta con más de ochenta millones (80,000.000) de pobladores; y de esa pequeña cifra de 10,000, más o menos mil setecientos cincuenta (1750) de ellos, 910 seculares y 850 regulares), mantienen el servicio religioso en nuestro país, para cuatro millones doscientos setenta mil habitantes (4.270,000) en setecientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de territorio; de los cuales habitantes, cuatro millones (4.000,000) según el censo son católicos, y los 270,000 indígenas paganos, protestantes, de otras religiones o sin ninguna religión.

Agréguese que en Chile sólo existen alrededor de 430 entre parroquias y viceparroquias (a veces no separadas de casa) servidas por otros tantos sacerdotes; y que los otros mil trescientos treinta (1330) sacerdotes no dedicados al servicio propiamente pastoral, se ocupan con preferencia en el gobierno y administración eclesiástica, las misiones, la enseñanza y otros servicios indispensables al apostolado cristiano, o bien—en pequeño número—a ayudar a los párrocos o a ocupaciones meramente temporales. Los hay también inutilizados por la vejez y las enfermedades. Completan la lista del Cléro en el país seiscientos ochenta y cuatro (684) entre religiosos laicos, Hermanos y Clérigos de Ordenes Menores, y mil setecientos cincuenta religiosas, (1,750) o que da un total, para Chile de más o menos 4200 eclesiásticos de todos los grados y órdenes, sin contar a los seminaristas.

Estos y otros datos nos permiten establecer al-

gunas deducciones importantes y aproximadas. Desde luego, que contamos con un *eclesiástico* por cada mil habitantes y una pequeña fracción, y con un *sacerdote* por cada dos mil cuatrocientos veinticinco (2,425) o poco más: cifras inferiores a las de las naciones europeas, pero superiores a las de la generalidad de los pueblos americanos.

Menos consoladoras son los hechos que revela el pequeño número de parroquias. Porque, si suponemos que el ministerio o trabajo pastoral de cada uno de los 430 párrocos y vice párrocos, alcanza a servir, por término medio, a mil quinientas almas (cifra probablemente exagerada) quedarían más de tres millones seiscientos mil (3.600,000) chilenos privados de los servicios normales, constantes, arraigados y eficaces de dicho ministerio pastoral, esto es de misa, sacramentos, catequesis, predicación, etc., en esas condiciones.

Se observará, acaso, que los niños de 1 a 7 años no deben ser contados en esa cifra; que hay parroquias excepcionales, con 3 o más sacerdotes, que sirven a muchos miles de fieles; que las misiones, las capellanías, la enseñanza católica, los variados servicios de los religiosos y las religiosas, la propaganda escrita y hablada, los retiros, las numerosísimas obras seculares con alcance apostólico, etc., disminuyen mucho esa terrible cifra, índice de un intolerable analfabetismo religioso. Y así es, hasta cierto punto; pero, por desgracia, no poseemos todavía datos estadísticos más o menos precisos y fidedignos, que nos permitan rectificar con alguna seguridad aquella cifra enorme, que, aun muy disminuida, *marca los estrechos límites del servicio propiamente parroquial, que es el fundamental del apostolado jerárquico.*

He aquí un problema, a nuestro juicio, que todo sacerdote y todo seglar católico debieran clavar en el espíritu, como un aguijón.

Expongamos, sin embargo, algunos datos que dan cierta luz—en espera de hacerla menos incompleta algún día, sobre el verdadero alcance y eficacia del *apostolado extraparroquial.*

Limitémosnos a las Misiones.

Hay en Chile 9 o 10 Ordenes o Congregaciones religiosas que preferente o parcialmente se dedican a dar misiones, en campos y ciudades,

generalmente durante 8 meses del año, y en misiones que duran de 8 a 10 días. De su labor, no conocida con precisión pero que se adivina enorme, dan idea las siguientes cifras que se refieren todas al año próximo pasado, de 1931.

Veinte (20) misioneros Redentoristas dieron, entre Valparaíso y Ancud, en esas condiciones, 267 misiones, con un "auditorio", en conjunto, de ciento cincuenta a doscientos mil almas (150 a 200,000); y con bautizos, matrimonios, confesiones, catecismos, retiros, etc., en proporción. Sesenta (60) Padres del Corazón de María predicaron 323 misiones con más de cien mil (100 mil) oyentes, sólo en las misiones rurales; con más de ocho mil seiscientas predicaciones (8600) en parroquias urbanas, que suponen un auditorio de varios cientos de miles de personas; aparte de cerca de un millón (1.000,000) de confesiones, diez mil (10,000) confirmaciones, seis mil doscientos sesenta y dos (2662) catecismos en cincuenta y siete (57) centros con muchos miles de niños, etc.... (Escojo sólo algunos datos para no extender este trabajo). El mismo año, veinticinco (25) capuchinos dieron cuarenta y ocho (48) misiones con 2100 predicaciones, cerca de mil (1000) matrimonios, etc., aparte de los enormes servicios que esta Orden presta en la Araucanía, donde ciento cincuenta y siete (157) entre Padres (34), Hermanos (30) y Hermanos Postulantes y Catequistas (93) sirven veintiuna estación misional, con setenta y cuatro planteles de enseñanza diversos, poblados por más de seis mil alumnos (6000). Dos (2) Padres Asuncionistas, predicaron en 1931 diez y siete (17) misiones con un auditorio total de siete mil (7,000) personas. A más de treinta mil (30,000) subió el número de "misionados"—perdónese la expresión—en las sesenta y una (61) misiones, que en treinta y cuatro (34) parroquias de la República dieron el año pasado las catorce Religiosas que forman la Congregación chilena del Apostolado Popular del Corazón de Jesús, ayudadas por otras 23 señoras cooperadoras. Esta misma congregación inscribió el mismo año, en el Registro Civil, legitimándolos, ochocientos cuarenta y cinco (845) matrimonios, e hizo legitimar religiosamente mil quinientos veintidós (1522). Otra institución chilena, el Centro Apostólico, fundado hace algunos años por un

Padre de la Compañía de Jesús, hizo dar el año pasado 200 misiones en diversas ciudades del país... Faltan, por cierto, muchísimos datos tanto de las instituciones nombradas como de las otras congregaciones misioneras de las cuales no poseo aún informaciones; pero los ya registrados bastan para dar una vaga idea de la labor apostólica de las misiones, y para traer a nuestros labios la pregunta: ¿podría aumentarse en un millón más el número de los que en Chile gozan, sino del servicio parroquial integral, de algún apreciable servicio eclesiástico y religioso, en el curso del año, gracias a las Misiones?... Estudios por hacer en un próximo porvenir permitirán, acaso, dar una respuesta aproximada... En todo caso, el margen del número de almas que en la República quedan total o casi totalmente fuera del alcance de la iglesia, debido sólo a la escasez de sacerdotes y de parroquias, es enorme, y este fenómeno constituye un mal inmenso y ayuda a poner en claro muchas cosas relacionadas con la descristianización del país, y de la debilidad de nuestro catolicismo, que sin él serían menos explicables.

Finalmente, si de este orden de observaciones pasamos a otras, igualmente prácticas, encontramos, por ejemplo, que hay en Chile, por término medio, una parroquia de 1550 kilómetros cuadrados por cada ocho mil habitantes (8,000). Pero existen numerosas parroquias que sobrepasan largamente ese número y esa extensión. Así, en Santiago, ciudad donde casi ninguna parroquia tiene menos de 10,000 feligreses, existen varias con veinte, treinta y más miles, con uno o dos sacerdotes a su servicio, y a veces un convento felizmente enclavado en sus límites. Lo mismo, y más, pasa en provincias. La de Valdivia cuenta con 17 parroquias (y 17 sacerdotes...) y pobrísimas, para 236,000 habitantes. La de Río Bueno, en la misma provincia, sube de 20,000 en un enorme territorio. En la de Santiago hay 73 parroquias para más de un millón de feligreses. En la de Concepción 34 para 1,115,000. Valparaíso cuenta con 28 para 320 mil. Rancagua, con más: 33 para 300,000... En cambio, en la ciudad de Nueva York, donde hay la tercera parte de católicos que en Chile, existían hace 3 años, casi tantas parroquias y sacerdotes como en todo nuestro país: 360 parro-

quias y 1314 sacerdotes. Y en el Canadá, casi con nuestra población católica, florecían en 1919, 2460 parroquias más de cinco veces las de Chile, con la cifra relativamente enorme de 6,687 sacerdotes.

He terminado.

Creo que estas cifras y antecedentes, que no son los peores en el continente americano, bastan a explicar el por qué de la Acción Católica, y la necesidad, el deber en que están todos los verdaderos cristianos y patriotas, todos los hombres y mujeres de corazón, de ayudar activamente a la Iglesia en la magna obra de defensa del cristianismo y la civilización, que los sucesos del mundo han echado una vez más sobre sus hombros. Es esta cruz, la gloriosa Cruz de la Jerarquía. Ayudémosla a llevarla recordando lo que han hecho en casos análogos nuestros hermanos cristianos de todos los siglos. Va en ello nuestra salvación y la de millones de hombres. Si el mundo ha llegado al triste estado en que se encuentra es porque se ha olvidado a Cristo; porque faltan sacerdotes de Cristo, y seglares de Cristo que los auxilien; porque sobran enemigos del divino Redentor. Porque han sido pospuestos Cristo y su única religión a los placeres, a las riquezas, a las pasiones políticas y sociales. Si el catolicismo, después de haber hecho tan grandiosas obras en el pasado y están destinado a hacerlas aún mayores, no tiene hoy la importancia que le corresponde, no pesa en la historia como debiera pesar, ello se debe en gran parte a nuestros vicios y a nuestras divisiones, a nuestro egoísmo y a nuestra ignorancia. Los Vicarios de Cristo nos ofrecen el remedio a tantos males: la Acción Católica Seglar. Estudiémosla, inscribámonos en ella, pongámosla en práctica. Es una de las más extraordinarias ideas que hayan surgido en mente humana desde los orígenes del cristianismo. Se encuentra ya en vías de organización, o en ejecución, en todos los rincones del planeta donde existen un obispo y un grupo de católicos. En un lejano futuro se hablará con admiración de ella como hablamos hoy de las Cruzadas.

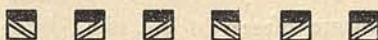
Y al asomarnos al abismo de lo que queda por hacer al cristianismo en el mundo, no nos

amedrentemos, no desfallezcamos. Para combatir y triunfar inteligentemente hay que conocer bien el terreno y no ignorar al enemigo. Lo que se ha hecho en veinte siglos es inmenso. ¿Y qué son veinte siglos en el inconmensurable curso de los tiempos? Vivimos felizmente en una época de intenso renacimiento católico. Que nuestra generación teja en la maravillosa tela la parte que nuestro Señor le ha asignado; que espere con fe y caridad profundas en el indefectible triunfo del porvenir, y habrá cumplido con su deber.

Y tampoco olvidemos, al ver el número relativamente pequeño de nuestras huestes, que el in-

vencible Resucitado del Calvario está con nosotros, como lo estuvo con aquellos primeros grupos de Apóstoles, infinitivamente menos numerosos que nosotros, pero que en pocos años lograron sembrar la Buena Nueva entre millones de temibles adversarios y dominar virtualmente al más anticristiano y poderosos de los imperios históricos.

Una vez más no serán la fuerza, la política o la habilidad humana las que salven al mundo, en vías de dolorosa transformación, sino la Santidad, "la solución de Dios", sabiamente adoctrinada, poderosamente organizada.



"VERDAD"

PUBLICACION QUINCENAL
ORGANO DEL PENSAMIENTO CATOLICO

Colaboran: Carlos Silva Vildósola, Ricardo Boizard, Oscar Larson, Eduardo Frei, Dr. Julio Santa María, Luis Barrantes Molina, Manuel Larraín, Dr. Ignacio Matte Blanco, Carlos Rosan, Dr. Arturo Droguett del Fierro, Enrique Soianich, Manuel Marchant Herrera, etc.

HUMBERTO PINTO DIAZ,
Director.

Religión y Bellas Artes

Conferencia de D. Ramón Subercaseaux

PRIMERA PARTE

La Poesía

La Biblia, en el libro de la Sabiduría, encomia a los que llama "hombres ilustres, padres de nuestra raza"; entre otros méritos dice de ellos que "han dado a los pueblos, por la fuerza de su inteligencia, las más santas máximas. En su habilidad han inventado el arte de las melodías y han escrito poesías. Eran ricos en virtudes y tenían el ardor de lo que es bello".

Así, señores, desde los primeros tiempos la religión conoció y apreció a los artistas, que no son otra cosa los hombres a que fueron enderezadas las palabras que he citado.

Estos, por su parte, quisieron siempre ofrecer sus más altas inspiraciones, sus más acabados trabajos y los más nobles de sus esfuerzos al Ser infinito que sólo una ardiente fantasía puede vislumbrar en sus grandes líneas de belleza.

Hubo pues, poetas y músicos, pintores y escultores, que impulsados por el deseo de crear y movido por el ideal de los ideales, alzaron sus genios hasta tocar las alturas del cielo. Son los grandes entre los grandes, son los que han sentido y confesado la existencia de la Divinidad y de ella hicieron su punto de mira, devolviendo glorias a Aquél a quien su mente y su corazón designaban como fuente de toda gloria. Esa es la razón del arte que se enlaza con la religión.

La Iglesia Católica ha aceptado, ha adoptado y ha propagado sin cesar el ejercicio de las bellas artes. Ha recogido la herencia de Israel para que los signos santos no dejen de hacerse oír hasta la consumación de los siglos, dentro de sus templos donde simultáneamente brillan las riquezas de las artes plásticas.

A probar este acerto viene destinado mi discurso. En él incluyo la poesía, hermana de la música, ambas artes divinas. Ella, la poesía, es sustancia de afectos y forma de inspiración; los artistas propiamente tales la aman y se sirven de

ellas para no desmerecer en la propia conciencia o en las obras de la mano.

Pido la benevolencia y atención, que trataré de compensar demorándome en hablar el menor tiempo posible.

Admitamos, señores, que Homero es el poeta del clasicismo griego. Sabemos bien que cantó con entusiasmo fecundo los combates de Troya; muchos de sus héroes son dioses y semidioses. Veamos ahí al hombre de gran genio imaginativo, al verdadero poeta, levantando el aire de su lira y poniendo a todos sus personajes en contacto con lo que él estimaba como divino. Veamos también como no puede prescindir de mandar su canto hacia arriba y más alto que la tierra que pisa, donde mueve sus guerreros y libra sus batallas. La explicación está en que el estímulo ardoroso del poeta lo lleva a él mismo fuera de los límites vulgares; en ese modo sube, sube y llega a los dioses.

Pero es otro, en esos tiempos antiguos, el poeta que rasga verdaderamente el velo azul. Es el rey David, que desconoce a los dioses para no mirar más que a Dios. Han pasado 3,000 años y se está sintiendo aún el arpa pulsada por esas manos santas; se oyen los salmos de la colina de Sion. El eco los repite en el corazón cristiano de todas las edades.

Son muchos también los siglos que corren desde poeta, nos ha dejado un breve cántico de dulzura y de divina unción; los sacerdotes lo recitan de memoria todos los días de su vida. Es su autor una peregrina y singular señora, llena de todas las virtudes, dueña de todas las bellezas y regazo de la divinidad. Es la Virgen María que contesta la bendición a su prima Isabel, es el "Magnificat", himno clásico de exaltación, de agradecimiento, de pureza y de humildad.

Pero volvamos un instante a la mitología para encontrar ahora a Virgilio, el dulce poeta de Mantua. ¿Qué relación puede tener él, pagano por necesidad, con la santa religión cristiana?

Ninguna seguramente, pero... crear es la poesía: nadie ha desconocido la misteriosa relación de los trances del alma después de la muerte, que él canta en el Libro VI de la Eneida y que parecieran desprendidos del puro pensar cristiano, con las enseñanzas y condiciones de la vida futura dictadas por nuestra propia religión. Ahí está el lugar de expiación necesario tantas veces para entrar al cielo. El dolor de las faltas y el anhelo de Dios son los mismos que hoy mueven a las que en nuestra fe llamamos ánimas benditas, que bregan a la puerta de la dicha eterna.

La semblanza es pálida, sin embargo, en comparación de la Egloga IV del mismo poeta. De ella voy a citar, o más bien repetir, unas pocas líneas, y son las que causan más grande admiración: "Ya ha llegado la última edad anunciada por la Civilidad de Cumes... Una raza nueva descende del Cielo... Tú, en tanto, casta Lucina, favorece el nacimiento de este niño que viene anunciar en el mundo el fin del reino de hierro; la edad del oro llenará el universo entero... El recibirá la vida de los dioses y verá los héroes mezclados con los dioses, y el mismo será visto entre ellos, y gobernará el mundo aplaudido por la virtud de su padre".

Es por eso que en el trascurso de la Edad Media el soñador poeta fué ampliamente considerado como un mago, parecido a un profeta, inspirado en un ambiente desconocido y misterioso, ya que poco después de sus días venía al mundo el propio Niño Jesús trayendo efectivamente la renovación del género humano.

¿Me atreveré a mencionar aquí, siguiendo la hilación de los tiempos, a San Francisco de Asís, que en obras santas se distinguió al punto de decirse de él que ningún hombre tenía más parecido con Jesús?

El hecho es que su amor de Dios desbordando en su corazón, lo lleva al amor de las criaturas, ¡y qué amor! Es el reflejo ardiente de su propia pasión que lo lleva a amar aún a las avejillas que acuden a su voz, contestando con trinos y gorjeos... Son su "schola cantorum"; y a la hora de la muerte se reúnen otra vez en torno de su celda a modular lamentos y ternuras nunca oídos. Pero también el Santo escribe. Nos dejó su himno al sol, al fuego, al agua transpa-

rente y casta. Todo es poesía en esa vida, ya no solo en nombre sino en acción.

Apareció el genio italiano del Dante, formado en el estudio y penetración del genio de Virgilio. Como la Iglesia Católica, en diez y más siglos de trascurso, había tenido tiempo de desenvolverse en todo sentido, el Dante, conocedor del Dogma y al mismo tiempo aspirante a todo lo que es bueno, santo y elevado, concibe la Comedia, que si él mismo no llamara divina, así la entenderían los contemporáneos y las generaciones que habían de sobrevenir. El despliegue de la obra se hace en el cielo, en la tierra y en el infierno, pero su guía Virgilio, que ya no es más que el poeta guiando al poeta, no tiene que intervenir en el dogma católico, razón primera que es y fundamento de casi todo el poema.

El Dante no sólo es poeta; es también político y diplomático, Embajador en Roma. Se encara ante el Papa, pero en discusión nada más que de intereses terrenales. En religión es desde entonces, y con fuerza nueva, nunca prevista, uno de los apoyos humanos más eficientes de la Iglesia Romana. La portentosa y clara percepción de su mente, la especial intuición de lo que es místico o meramente espiritual y la adaptación del todo a su plan de belleza moral o natural siempre descriptiva y siempre poética, provocan en un principio la admiración de Italia para llegar después de reconocida su belleza, hasta el esparcimiento de un asombro universal en su favor. Si la Iglesia tiene un poeta, ese es el Dante. La Divina Comedia es una de las más altas concepciones del espíritu humano. Epopeya sublime, ella es acogida en el catolicismo como obra de arte insuperable, como muestra de poesía noble y santa, como pintura ejemplar de la vida inevitable que sigue a la muerte de los hombres. La sescenas son terribles o plácidas, tétricas o revestidas de gracia, pero siempre cantadas en versos concisos admirables y enderezadas a los más bellos fines morales y religiosos.

La cuna del Dante que es la ciudad de Florencia, ensalza su memoria por medio de un monumento de mármol con una simple inscripción que dice: Onorate l'Altísimo Poeta.

Poeta máximo también llaman al Dante en Italia. Al lado de él palidecen naturalmente

los que en la misma Italia, artística de por sí, se han dado cita, para venir al mundo y contribuir cerca del Dante con las flores de su sentimiento y de su amor. Quiero citar al autor del *Stabat Mater*, Jacopone da Todi, y el del *Dies irae*, Tomás de Cellano, el franciscano. Para que recordar entre católicos esas dos secuencias como en liturgia son definidas, que tantas veces han herido el corazón con sus acentos patéticos. Una es la expresión triste, tristísima, de esa alma contristada y doliente de la Santa Madre de Jesús, clavada en su profundo dolor delante del Crucificado. La otra describe el día de cólera que convertirá el mundo en cenizas como lo anuncia David y la Sibila; y será cuando con el estupor de la trompeta se llame a los hombres a que se levanten de entre los sepulcros. La naturaleza, la misma muerte, se verán como en suspenso viendo a la criatura refulgiendo para responder al Juicio. ¿Quién soy yo — dice el poeta — desgraciado de mí, cuando ni el justo se siente seguro?

Ved ahí, señores, sólo una muestra de la poesía que la Iglesia acoge en aquella época de la Edad Media, cuando no faltan más que dos siglos para que se opere el renacimiento de las letras y las artes. ¿No es verdad que el alma siente como un temblor dentro de sí misma, cuando oye esas cosas terribles y ciertas, y todavía tan hermosas?

También son poesía los misterios que en forma teatral y con adición de canto y música, comenzaron a inventarse casi simultáneamente tanto en Italia, como en Francia, España, Alemania y Holanda. Duró el gusto y devoción por ellos no menos de cuatro siglos, y hoy mismo tienden a renacer, si como prueba de ello menciono las célebres representaciones de la Pasión en Oberamergau de Baviera y en Nancy de Francia.

Torcuato Tasso es el poeta que pocos siglos después del Dante apareció cantando otra epopeya, la *Jerusalem Libertada*. Grandiosa, noble y agraciada, es aún variada, amena, aunque siempre piadosa y elevada. La imaginación del Tasso da para todo: batallas, escenas de amor, procesiones, palacios encantados, vienen puestos en estrofas magníficas y con riqueza incomparable de expresión. Es el poema de las Cruzadas;

por consiguiente es de exclusiva inspiración cristiana.

Pero si grandes son los temas que movieron al Dante y al Tasso, no es menor el que hizo representar a Milton la pérdida del paraíso y la caída de nuestros primeros padres. Con ellos todos los humanos hubimos de descender desde la más clara felicidad hasta el plano de trabajo, del dolor y de la muerte en que hoy vivimos. Este es el tema propuesto por el más grande de los poetas ingleses. Estamos en el génesis del mundo; oigamos sus vivas descripciones de esa naturaleza verdaderamente virgen, del paraíso terrenal que él no vió con sus ojos de ciego pero que vió en espíritu con más claridad y discernimiento que ningún otro artista.

Séame aquí permitido, para recordar dignamente la inmortal obra del cantor del Edén, traducir algunas de las palabras con las cuales Chateaubriand la comenta en el genio del cristianismo:

“Nada más augusto, dice, más interesante que ese estudio de los primeros movimientos del corazón del hombre. Adán despierta a la vida; se abren sus ojos; no sabe de donde ha salido. Mira al firmamento; un impulso del deseo lo quiere lanzar hacia la bóveda que contempla de pie, alzada la cabeza. Toca sus miembros; corre; se detiene; quiere hablar. Nombra con naturalidad lo que está viendo y exclama: “Oh tú, sol y vosotros árboles, forestas, valles, animales diversos” y les da sus nombres verdaderos. Y ahora, ¿para qué Adán se dirige al sol, a los árboles? “Sol, árboles, dice, ¿sabéis el nombre del que me ha creado?” Así, el primer sentimiento del hombre es el de la existencia del Ser supremo; la primera necesidad que manifiesta es la necesidad de Dios. ¡Qué sublime es Milton en este pasaje! ¿Pero se habría elevado a tales pensamientos si no hubiera conocido la religión de Jesucristo?

Por tener resonancia universal, y aunque sean ellos verdaderas lumbreras en el camino del misticismo, no me detengo a considerar a los españoles Fray Luis de León, y al otro grande, el Luis de Granada. Verdaderos poetas, versificadores clásicos, ellos, como también San Juan de la Cruz y la misma Santa Teresa, nos han abierto a los hijos de españoles las puertas del

gusto por las bellas letras, y más que eso, nos han introducido indirectamente al campo sereno de la filosofía. Parece que allí nos quisieran detener atados no con simples razonamientos y demostraciones, ni convencimientos de fuera retórica, sino con lazos de flores, con cintas del color del cielo, en una palabra, con los más dulces encantos de la poesía de la verdad y del amor santo.

Hay todavía otro poema, grandioso y abundante, que nació de la inagotable inspiración cristiana, y es la *Mesíada* del poeta alemán Klopstock. No quiero dejarlo inmencionado, pues es una obra célebre, de imaginación profusa y entusiasta. Intervienen los ángeles, las almas que aún no han nacido, los seres que habitan otros mundos; todos giran en torno del Mesías y son como personajes del gran drama de la Redención.

Como estas altas producciones del ingenio y de la fe van apareciendo casi periódicamente en el trascurso de los siglos, quiero también fijar las atenciones en este hecho patente del incansable anhelo del corazón humano, expresado ahora por los artistas universales, y que consiste en hacerse presente, en demostrarse ante Dios ofreciéndole cuanto la mente concibe de grande, de noble y de bello. No se les busca. Son ellos los que sienten el impulso, es bueno, y lo ponen a los pies de la Divinidad, en honor de Jesucristo, de su Madre, de los Angeles y los Santos y de todos los habitantes del cielo. Alaban asimismo a la creación.

Hay más todavía. Un tal artista o poeta, negador de la fe y de la religión, escribe volúmenes y más volúmenes, combate al mismo Dios, es admirado por unos y odiados por los más. He nombrado a Voltaire. Pues bien, su puro instinto o estímulo involuntario le ha llevado talvez sin darse cuenta, en un momento de exaltación estética, a dar sus mejores, modelos de retórica francesa, cuando en la tragedia de *Zaira* el viejo Lusignan, fiel a su religión cristiana, desde su prisión reprocha las apostasías de su hija. En vez de un impío, el poeta parece entonces un escogido.

De los tiempos más modernos habría por cierto no poco que decir. El espíritu de las bellas letras y especialmente el de la poesía vuela,

puede decirse, en todas direcciones. Si no se ha profundizado en los temas de religión, no ha dejado tampoco de posarse en las ramas del árbol que da la sombra de la paz, los perfumes de la fe y las flores de la caridad. En Italia se ha elevado hasta lo más alto el poeta Monzoni con sus magníficas ondas impregnadas de un lirismo casi santo. Y en Francia — ¿quién no diría — el alma de Víctor Hugo, retenida por causas políticas en nivel inferior al fijado como el nivel de los genios, ha hecho confesiones como la oración por todos y otras que habrían casi bastado para dar al poeta del siglo un sitio entre los más claros, entre los más decididos de los poetas cristianos. El deseo de la vida pública, la política, como he dicho, que es la del tiempo de Napoleón III, lo llevó, por un sentimiento de antítesis, a comprometerse en la democracia, en la demagogia, y ésta a su vez lo hizo sumirse en la indiferencia, en la incredulidad, en las negaciones que caracterizaron su última época.

Y debo cerrar esta ligerísima reseña de las cristianas bellas letras de Francia en el siglo pasado, con una mención de otro poeta, de evolución inversa, es decir, del que un día fijó su mente y dió de lleno su gran talento a Jesucristo y a la Iglesia. Es Francois Coppée. Sus elegías, sus narraciones sencillas, sus novelas elegantes, su libro del sufrimiento, sus obras todas en que se trasluce el empeño por conseguir las enseñanzas del Evangelio, respetando y queriendo a los humildes, cuidando de no herir a los grandes, son obras de un alma limpia e informada por los mismos Evangelios a cuyas enseñanzas espontáneamente se adhirió.

SEGUNDA PARTE

La religión, señores, es madre de las bellas artes y comunica a ellas su divinidad. En modo especial ha recibido este don del arte de la música. Ya Platón enseñaba que no se debía estimar la música por el puro gusto o por el placer que de ella se desprende, antes debía de estimarse especialmente en este arte la semblanza o perfecta expresión que es de lo bello ideal.

Para nosotros el canto es producto del cielo, porque nos parece oírlo en la boca de los ángeles. La música instrumental es la bella inven-

ción de los artistas y de los compositores que aspiran a remedar las voces de la creación. Hay filósofos y poetas que creen ver en la música la imitación de los ruidos de la naturaleza tales como el roce del viento en el ramaje de los árboles o en un cláustro antiguo, el murmullo de las aguas o el repiqueteo de las aves. Puede ser, porque la sinfonía, la orquesta a veces impresionan en estos sentidos diversos.

La armonía, el sonido combinado, emociona en virtud de su belleza, motivada en la solución de sus acordes, en lo misterioso de sus conjuntos, en el crecer o disminuir de fuerza en sus voces.

La melodía es una sola voz, un sonido cantante y sencillo pero con gran poder impresionante. Unida a la armonía y expresada en canto oral o instrumental, completa los recursos de este gran arte de la música. Cautiva más la música buena al corazón que a los sentidos; y en los momentos propicios suspende el pensamiento y lo deja prendido en las alturas donde parece encontrarse con el mismo Dios.

Por eso la religión le ha prestado siempre el oído y se ha dejado fácilmente solicitar por esas voces y sonidos que acompañan al amor, a la piedad y a todos los santos entusiasmos que ella prohija y estimula.

Pretendo demostrar ahora que la música ha sido considerada siempre como un arte verdaderamente serio y trascendental. Estudios especiales sobre ella hicieron Platón y Aristóteles y reconocieron que ella influía en el carácter, informándolo bien o mal. La música vulgar e insulsa debía de ser prohibida según ellos por cuanto es afeminadora como puede también corromper las costumbres. Entendían que el arte musical comprendía en sí a la religión y a la poesía.

Pero en el cristianismo la importancia fué mayor desde un principio; para la santa religión que se apartaba de toda materialidad no era necesario servirse de las artes plásticas, de la pintura o la estatuaría; la aspiración estética de los primeros creyentes se concentró en el canto, con el cual expresaba íntimamente sus sentimientos y sus propósitos de afrontar hasta el martirio por Jesucristo.

Se cree, por lo que toca al ejercicio del puro arte, que la primera influencia musical recibida fué la de los griegos, cuyas escuelas eran las más

difundidas por el mundo civilizado. La analogía con la pintura confirma esa creencia, pues en las catacumbas de Roma se ven todavía las figuras del Buen Pastor que es semblanza de Mercurio, y la de Orfeo amenazando bestias feroces, que por su parte representa a Daniel en la fosa de los leones. Aquí dentro de las mismas catacumbas fué temporalmente depositado el cuerpo de la santa virgen y mártir Cecilia, la primera artista del cristianismo. Su nombre es el símbolo de la música. Nada más tierno en su significado que la celebración de cada 22 de Noviembre, que desde los primeros tiempos hacen los fieles de Roma en la Basílica del nombre de la Santa. Los coros y los solos se suceden desde la mañana hasta entrada la noche. La gente sale y vuelve pisando arrayanes y laureles, animado el rostro por piadoso entusiasmo. Hombres, mujeres y niños se inclinan reverentes ante el sarcófago; sienten orgullo de verse conciudadanos de aquella que pasmó al mundo por su virtud y belleza, por su valor y por su arte. El orbe católico ha tomado ejemplo, y acaso no existe hoy una gran ciudad donde no se haga anualmente la misma celebración que en Roma.

El primero en ordenar este arte en la Iglesia fué San Ambrosio, el Obispo de Milán. De ahí nos viene el Te Deum. San Agustín, genio universal, que también escribió un tratado de música, habla del Te Deum preguntándose si no sería pecaminoso dejarse conmover por esas dulcísimas notas que hacían olvidar el texto del himno.

San Gregorio Magno, en tiempo posterior, hizo la reordinación fundando la escuela del canto gregoriano. Ese grande hombre, dotado de profundo sentimiento religioso, de alta cultura y de preparación especial en la música, comprendió que aquí se encontraba un poderoso auxiliar de la religión cristiana. A él se debe la primera Schola Cantorum de Roma. Los Papas posteriores han continuado adoptando, con fortuna diferente, los principios artísticos propuestos por Gregorio y conservados en parte por documentos escritos y en parte por la tradición ininterrumpida de quince siglos. El Papa Pío X, muy pocos años hace, confirmó el canto gregoriano y lo hizo renacer y esparcir en todos los países católicos. Es un sistema sencillo y expre-

sivo, austero y humilde, tierno y dulce cuando así se quiere. Casi siempre expresado por una modulación suplicante, encuadra perfectamente dentro de la doctrina católica y de la liturgia. Parece que las lamentaciones de Jeremías debieron de cantarse nada más que en esta forma. Lo que es la difusión del cristianismo, por siglos fué ella favorecida por el canto gregoriano. Uno de sus propagadores fué sin duda el monge Agustín. La historia lo pone en medio de la Inglaterra pagana, que estaba conquistando a la fe. Seguido de sus hermanos avanzaba cantando himnos; las conversiones se hacían solas. Esos buenos isleños británicos que el mismo Papa llamara ángeles, y no anglos, caían delante de la procesión, convertidos por el Alleluja; los himnos romanos, repetidos en lengua acostumbrada a cantos bárbaros y el océano aplanado bajo el paso de los prisioneros, todo era uno: el impulso providencial que comenzaba en Roma con formas musicales y terminaba convirtiéndose a una gran nación lejana.

Sin música no hay verdadera liturgia. Sin liturgia no hay religión organizada. Son pues algunos eclesiásticos, es decir la Iglesia católica, la primera que da importancia didáctica al arte divino. Los primeros documentos musicales conservados nos vienen de dos organistas de Nuestra Señora de París.

Pero en cuanto se toca a la historia de la música sagrada uno piensa en el órgano, el maravilloso instrumento que en el recinto de los templos levanta las almas y purifica los sentidos. ¿Se debe la producción del primer órgano a lo solícito, como se ha dicho, de Carlo Magno, el alto protector del cristianismo? Queríamos dejar el honor a este héroe, a este hombre semi fantástico. Sin embargo hay no pocas citaciones y documentos anteriores a él, que inducen a creer que el órgano fué invención de varios siglos atrás, invención siempre atribuida a monjes o a hombres que servían en la Iglesia. San Agustín nos da la descripción de un órgano más antiguo, el órgano hidráulico, inventado por un tal Ktesibius, el cual órgano ya tenía tubos y fuelles como los que hay ahora. Lo seguro es que estos instrumentos han ido perfeccionándose poco a poco, hasta llegar a ser lo que son, es decir instrumentos insuperables que sorprenden tanto

por el poder como por la variedad de sus voces y la blandura de sus modulaciones.

En el siglo XII aparece el monje benedictino Guido d'Arezzo, el más notable innovador de la música, que llega hacer escribir y entender las notas que si fueran letras del alfabeto. El Papa Juan XIX lo llama y lo colma de honores, admirado de ver cómo con su sistema, en poco tiempo y con el empleo de los signos y de las rayas de su invención, el mismo Papa decidiera una melodía conocida. Es el sistema de la pauta y del do re mi fa sol adoptado hoy por todo el mundo.

La época brillante del Renacimiento trae desde un principio, como los brotes primaverales, nuevos impulsos. En el norte, en los Países Bajos y en Francia, se notan movimientos en el arte musical, que repercuten en Italia, donde por fin se acentúan, se aclimatan en ambiente propicio para de ahí, principalmente de Roma, salir a esparcirse por todos los países de Europa. Ya en Venecia el organista de San Marcos, Gabrieli, tomó celebridad por la creación de sus *Sinfonías Sagradas*. La música de los autores venecianos reflejan entonces la pompa y riqueza propia de la reina de los mares. Si fuera pintura tendría los colores y la abundancia de Pablo Veronés y del Ticiano.

El carácter del arte romano es más severo. Véase como, por ejemplo, a Palestrina en la música, como a Rafael en la pintura; el producir inmediata sensación no les preocupa; quieren ante todo la intensidad del pensamiento y de la idea; ninguno de ellos es por cierto lo que hoy sería el llamado un afectista. El romano en general adopta la forma clásica que desdeña las expresiones y apariencias fáciles de obtener. Derivado en primera línea de la Grecia, el arte romano es sólido y severo como aquellas estatuas inimitables porque principalmente nada en ellas se ve que no sea necesario.

Y es así como aparece siempre, bajo el manto protector del Pontífice, el insigne Giovanni Pierluigi, llamado Palestrina en honor de su ciudad natal. Sus primeros pasos son los de un niño cantor de la Basílica de Santa María Mayor. Naturalmente el Papa Julio IV viéndole ascender gracias a su genio superior, le confiere cargos y honores. Siendo su natural incli-

nación la del culto y gloria de Dios, produjo desde luego música sagrada. Cuando compuso la célebre misa llamada del Papa Marcelo, al oírle el Papa Julio exclamó: "Otro Juan nos hace presentir en esta terrestre Jerusalem aquél canto que el apóstol en extásis hubo de sentir en la Jerusalem celeste".

Palestrina no tiene necesidad de fama; está sobre toda fama. Pero quiero recordar como concepto muy moderno sobre su gran poder en el arte, que Wagner, el gran compositor, afirmaba que no reconocía más genio en la música que a Beethoven y Palestrina. En realidad se puede pensar, cuando se oyen esas fugas, esas entradas de nuevas voces que refuerzan el acorde de la polifonía, esos como desmayos para después levantarse en acentos briosos, y esos finales apasionados que se resuelven en un magestuoso coral, se puede pensar — digo — en la potencia verdadera de este arte que sin más medios físicos que las ondas sonoras del aire, toca los sentidos del alma y los revuelve espiritualmente hasta en su más profunda esencia.

Así como hay canciones sin palabras, así nos vienen entonces las oraciones sin palabras, que ni llegan a ser mentales porque son desprendidas nada más que del corazón.

En tiempos anteriores a los de Palestrina que fijan época, habían nacido los "Misterios", las "Pasiones" y los "Autos sacramentales". Todos eran representaciones, mitad dramáticas, mitad musicales, algo como una ópera en ciernes. Parece excusado agregar que el movimiento tendía de por sí a la religión; se decían y cantaban en latín, y como los actores, no contaban ni con proscenios ni con decorados, funcionaban en las plazas frente a la fachada del templo. Es cierto que muchas degeneraban en acciones cómicas y vulgares. El diablo figuraba entonces en facha como arlequín que costea la diversión, y la escena termina entonces con una paliza que deja al público satisfecho.

El Oratorio es de origen no diverso aunque de fecha muy posterior. Se atribuye la fundación a San Felipe Neri, fundador a un mismo tiempo de la orden de religiosos llamada del Oratorio, y su característica fué la falta en un principio, de acción dramática, seguida más tarde de una cierta reacción de índole realista. El fondo es

completamente religioso. El Santo fundador se propuso atraer al pueblo los días de carnaval apartándole de las ocasiones de abuso. El oratorio es en su principio una pieza semi sagrada, en la cual abundan personajes abstractos como el tiempo, la vida, el amor, el cuerpo, etc.

Hoy en día no se puede decir que la forma musical del oratorio ha cambiado. Debe considerarse, sí, que ha entrado en un nuevo período que lo hace más noble, más artístico, más interesante en todo respecto. Pero no puedo avanzar en el tema sin mencionar el éxito que en el género tuvieron los grandes autores alemanes, Händel y Bach. El primero fué autor de cantatas con argumento bíblico que revisten la forma del oratorio. La más famosa es El Mesías, que casi todos los años se canta en Inglaterra por un conjunto coral que llega a más de mil cantores. El texto de los oratorios es por lo común tomado literalmente de los Evangelios o del Antiguo Testamento.

En Italia, en tanto, se habían producido otros autores inolvidables que con pocas piezas dejarían un tesoro a la Iglesia, la cual siempre quiere y necesita música tierna, implorante y pura. Pergolise respondió proponiéndole su célebre Stabat Mater, que encierra toda las inflexiones de la verdadera música sagrada. Es música de los Viernes Santos y llena de dulzura y melancolía, que no se escucha sino con profundo recogimiento y penetrante goce artístico; así la que anteriormente hiciera Stradella, cantor y compositor, oficios de arte muy frecuentemente acumulados por aquella época en una sola persona.

Los fines del siglo XVII fueron señalados por el nacimiento en el año 1685, de uno de los más grandes músicos del mundo, Sebastián Bach. Criado en familia modesta, padre de veintidós hijos, algunos de ellos célebres también en el arte, siempre austero y exento de las vanidades y rarezas que tantas veces acompañan a los de su oficio, Sebastián se hizo pianista y organista religioso. La celebridad que no tardó en rodearlo, principalmente en vista de sus magníficas composiciones, no le hizo desviarse de su vida de sencillez y regularidad. Tranquilo y siempre trabajando en medio de su familia, nadie se habría figurado encontrar ahí a uno de los más poderosos genios artísticos conocidos.

Bach, se puede decir es el músico perfecto. Es grandioso, poderoso, original, posee el sentimiento y la ciencia, y produce dentro de su inspiración obras geniales que le asignan una fuerte personalidad.

Si Bach no es comprendido por todo el mundo es por ser demasiado elevado. En sus momentos, sin embargo, se da al lirismo; y aún se encuentran en él arranques semejantes a los de un verdadero romántico. La moda, el gusto o sentido superficial, no alterarán jamás ni el mérito ni el alto significado expresivo de las obras místicas de Bach. Siempre habrá oído, espíritu y corazón para acogerlas con sincera admiración y aplauso. La cantata u oratoria de la Pasión, según San Mateo, es una obra clásica y sublime, con acento a la vez dramático y sagrado.

Handel y Bach marcarían la gran época de la música sagrada de Germania, si el tiempo no reservara para un siglo más tarde la aparición de otros dos genios más portentosos si cabe, Mozart y Beethoven. Mozart es un talento especial. único. Comienza por ser un niño prodigio que a los seis años da conciertos de piano en las Cortes, sentado sobre un taburete que le permite alcanzar el teclado. Al año siguiente compone una primera sonata. Vuelto de un viaje juvenil por Italia y hechas públicas sus extraordinarias disposiciones, el Arzobispo de Salsburgo lo toma bajo su protección nombrándolo Maestro Concertador de la Catedral. Cuando muera, joven aún, se hallará en el cargo de Maestro de Capilla de otra Catedral de Viena. La Iglesia fué la primera y la última en interesarse por Amadeo Mozart.

El correspondió dedicándole melodías sublimes, armonías deliciosas, temas arrebatadores que parecen en realidad salidos del cielo. Mozart es llamado el genio encarnado de la música. Sus ideas son universales y su estilo se acomoda a todo, porque en todo es insuperable.

La Iglesia católica recibió de Mozart, un don inapreciable en sus composiciones destinadas a figurar en el repertorio litúrgico; son joyas del arte engastadas en el alto sentimiento de piedad que en su alma abrigaba el gran compositor. La devoción y la fe interior de Mozart pueden medirse en el "Ave Verum", y en sus letanías al Santísimo Sacramento. El himno, el Ave Verum co-

mienza por voces graves, contenidas en una armonía de carácter grandioso; entran exaltadas las voces altas y los tiple, como dando un grito de fe en medio de la oración recogida, se entrelazan con las voces primeras y terminan decreciendo, decreciendo en forma de fuga y como anonadadas ante la cercana presencia divina. Las letanías, al igual que el Ave Verum pueden ser estimadas como piezas de la más absoluta belleza. Sin duda el pobre Mozart, desgraciado en su vida, desgraciado en su hogar, sintió más de una vez recreo y descanso para su alma cerca de la adorada custodia, ante el sitial donde en hora temprana había de traer su canto de cisne, su Requiem para dedicarlo por última vez, al Amor de los amores.

Malos días para la religión, malos días para la Iglesia, malos días para los Estados, confundidos todos en perturbaciones de orden variado, eran aquellos en que apareció en la tierra el inmenso genio de Beethoven. Eran los finales del siglo XVIII.

Fué Beethoven otro talento precoz que en medio de una sociedad sin brújula encontró su camino haciéndose organista como Mozart y afirmando otra vez con esto que la vía del arte en su más alta acepción, no puede ser otra que la vía de la religión, la vía de Dios.

Fué también desgraciado por causas domésticas y a más por una enfermedad de sordera que constituyó un suplicio permanente y cruelísimo para un genio de la música, para el rey de los sonidos. Un viajero francés nos cuenta que habiendo llegado a visitar a Beethoven, ya anciano, le encontró de pie tamboeando sobre los vidrios de una ventana, medio último encontrado por él para hacerse la ilusión de que aún sentía un ritmo, de que percibía las impresiones de un sonido musical. ¡Qué escena más trágica!

Este artista de vuelo casi sobrehumano, es además un pensador, un filósofo de la estética. Tiene vasta instrucción y nació dotado de un carácter serio, profundo e imperioso. Su sinfonía, última expresión del apasionado sentimiento del corazón, subyugan por su simple belleza a la vez que levantan con un sentimentalismo sin mancha. Pero nadie alcanza a conocer íntimamente a Beethoven, a este peregrino ingenio, a esta águila que mira al sol de frente, a este hombre que no

es en profesión más que un músico y que subleva las mentes del universo, las espiritualiza y por momentos las deposita, rendidas a los pies de la belleza increada.

Católico fuerte y sincero, Beethoven siempre enredado y encadenado en la prosa de la vida, no alcanza a llegar a Roma; pero le dedica, a más de muchas piezas admirables, su famosa Misa Solemne. Y cuando en ocasión dada, queriendo apartarse de las bajas realidades y se pierde, digamos, en un bosque y se pone a mirar y contemplar los árboles, la hierba y el agua, entonces en su alma el himno de la Alabanza de la Naturaleza a su Dios. Si en la Sinfonía Pastoral se dispersan los aldeanos en medio del temporal sobrevenido, pone en sus labios la tierna plegaria y luego la acción de gracias al Creador. Todo es grande en este hombre de alma grande.

Hasta el día de hoy en realidad el arte de la música vive allegado a Dios y se manifiesta en su Iglesia, aún antes que ésta le haga más determinado llamamiento que a las otras artes.

El genio musical de Rossini consagra otra *Stabat Mater* que trae algunas estrofas de estilo y alcance verdaderamente sublimes. No muchos años después, Gounod discurre al bordado de un Ave María sobre la trama de una fuga de Bach. El mundo entero la adopta, la repite y la canta de memoria. Son trozos inmortales. El mismo autor compone el Fausto, ópera que es casi un oratorio: el espíritu del mal vencido por la virtud cristiana y la oración; el éxito es universal y viene ya durando cerca de ochenta años.

Surge en Italia otro genio de la música dramática, y es Verdi, que se dedica al teatro, a la ópera; pero un día, cuando muere su amigo el poeta Manzoni, quiere honrar su memoria dedicándole una Misa de Requiem. Hecha en la mejor época de su carrera, la Misa de Requiem es también de lo más admirable entre sus obras. El impulso dramático del alma de Verdi y la riqueza y fuerte expansión de su inspiración melódica, están ahí patentizadas como en las más impresionantes de sus Operas. El "Dies Irae" que se canta en los principios de la Misa, hace estremecerse de emoción a los oyentes.

¿Wagner ha hecho música exclusivamente profana? Creo que no. Dentro de su mente de

artista bullen ideas de orden sobrenatural; el ideal supremo que es Dios ha debido entonces ser concebido fácilmente por él como el tema dominante de su pensamiento. Entre las primeras obras de Wagner se cuenta *Tannhauser*, donde figuran los piadosos peregrinos y la heroína que, aunque desfigurada, reconocemos como Santa Isabel de Hungría. De las últimas obras es *Parzifal*, ópera magnífica en medio de un trasunto extravagante de ceremonias que remedan las del culto católico. Pero la solemnidad del canto y su elevadísima expresión son tales, que uno se pregunta si eso puede haber sido sugerido por una mera ficción dramática sin interés particular, y animada sólo por una concepción teatral de un gusto casi infantil.

El más autorizado exponente de la música religiosa contemporánea es don Lorenzo Perossi. Su música, su estilo, que si no fuera propio, podría ser llamado entre wagneriano y beethoveniano, con reminiscencias de Palestrina, se distingue por una singular adaptación al carácter del sujeto que interpreta o a la escena que describe. Nunca ha escrito otra música que la religiosa. El oratorio llamado "Transitus Animae", es una obra maestra de religiosidad dramática, si es lícito expresarse así. Es el alma del moribundo que, representada por una mujer, va relatando y describiendo el proceso de su desfallecimiento hasta tocar el mismo instante de la muerte, del tránsito a otro sitio, a otra vida. Hemos visto este oratorio presentado en Roma ante un público selecto de cuatro mil personas, y estamos seguros de no haber presenciado jamás una obra de arte que más emoción produjera. Cuando llega el momento preciso de la separación del espíritu, los coros entonan un *miserere* de una belleza intensa, irresistible, que a alguien cerca de mí hizo decir: "Nunca Dios resistiría una súplica expresada en semejante forma..."

TERCERA PARTE

Terminé, señores, mi alocución sobre la música y la religión enlazadas; pero antes de pasar a revisar igual cosa con respecto de las obras plásticas, haré unas cortas observaciones generales de carácter estético y de aplicación a todas las bellas artes.

Hay en el día ciertas teorías, ciertos gustos que tienden a demoler nuestras ideas y a falsear nuestras sensaciones fundadas en la tradición y en la observación personal. Se quiere algo nuevo: no digo algo bueno. Se quiere alterar nuestra propia naturaleza obligándonos a nuevos métodos de sentir ante una obra de belleza.

Es la moda, levantada a alturas y a funciones que no le son propias. Se concibe que con esto se puede volver atrás hacia las formas primeras,—y no niegan esta tendencia los impulsores de tales novedades,—¿pero el recorrido llegará hasta donde? Hasta la barbarie, si no se afirman los criterios, si no depuritan las conciencias. El poeta Schiller parece que tenía anunciado el movimiento cuando ya en su tiempo, acusa al público de tomar a lo oscuro por profundo, a lo salvaje por varonil, a lo incierto por infinito y a lo confuso y disparatado por sobrenatural.

La Iglesia Católica no se mezcla ni se pronuncia en estas batallas, pero tanto en la música como en las demás artes se atiende al pensamiento de no rebajar el ideal de superioridad que les corresponde. Nadie olvide que la claridad conduce a la verdad, y que esta es una condición de la belleza. La música modernista, desarticulada y estridente no ha sido aceptada en Roma.

De todo tiempo es la protección de las artes hecha por el Cristianismo, y si en los primeros siglos no encontramos obras que demuestren inspiración y pericia es porque la vida era demasiado azarosa y en cierto modo oculta para los cristianos. Las catacumbas no eran sitios propios; no había allí más luz que la de las almas. El florecimiento de Bizancio llevó consigo la emigración de los artifices de occidente, y Roma no despertó sino muchos años más tarde. San Basilio que es de los primeros tiempos, asegura sin embargo, que los pintores hacen tanto con sus cuadros como los oradores con su elocuencia. Se dice que el monje Metodius pintó, por el siglo VIII un juicio final que convirtió al rey Bogoris de los búlgaros.

Los asuntos o argumentos más ricos y más nobles, los más dramáticos, han sido ofrecidos constantemente por la religión cristiana al arte de la pintura.

Y según lo recuerda el autor del genio del cristianismo, la escuela reconoce a su maestro en ese artista que plasmando la greda con sus poderosas manos pronunció estas palabras: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

Si alguien piensa que el cristianismo, y en especial la Iglesia Católica, han sido no diré enemigos, pero sólo indiferentes a las bellas artes, no tiene más que abrir los ojos y en seguida leer la historia en cualquiera de sus páginas, o mirar nada más en torno de su propia persona. Encontrará por todas partes o templos, o cuadros, o mosaicos, o estatuas u objetos variados y de todo orden, pero siempre figurando cosas y personas nobles y santas. Cuando los bárbaros por fuera y las heregias por dentro de los límites del imperio, pasaban destruyendo y quemando, la Iglesia pudo lo que no pudieron ni los emperadores ni sus últimos ejércitos. Dió refugio a las artes antiguas aunque vinieran del paganismo, salvó libros, defendió edificios y dió reposo a cuanto objeto creyó digno de ser preservado.

Los cristianos de Constantinopla reúnen libros que en su tiempo forman la primera biblioteca del mundo, y recogen del naufragio las obras maestras de la Grecia que como la Venus de Praxiteles, transmiten la verdadera belleza en una de sus más genuinas manifestaciones. En tanto los sarcófagos de Roma y los mosaicos de Ravena, fijan no solo el trabajo de arte propio de la época sino la idea general en punto a la concepción de la religión y de sus dogmas. Los sarcófagos cristianos llevan, sobre sus cuatro costados, altos relieves de figuración alusivas a la predicación de Jesús, a las parábolas y a las concordancias de la Biblia en sus profecías, anuncios y alusiones al Mesías. Ahí están de pie, y en círculo, bajo la media esfera del ábside de las basílicas, las figuras hieráticas que se destacan en ese fondo de oro que no deja de brillar desde hace quince siglos. Es el Cristo y sus doce apóstoles. Bajo la primera corniza, y formando una encantadora procesión, la procesión de la divina mansedumbre. Van uno en pos de otro, los corderos sin mancha que apacienta el Salvador. En el resto del mundo por entonces y si se excluye un poco al pueblo árabe, no se produce ningún objeto de arte memorable. Sin el cristianismo la oscuridad sería completa.

Pero los pontífices de Roma y los príncipes esclarecidos no dejaban de proteger artistas o iniciar obras de belleza en todos los países de Europa. Ya el arte gótico venía prosperando en el norte mientras en varias partes de Italia se sentían movimientos precusores del primer renacimiento. Cimabe, maestro y precursor de Giotto, rompe el período oscuro; pinta sus madonas con cierta naturalidad, muestra el camino invitando a los más jóvenes, y abre la puerta del Renacimiento del siglo de León X. ¿Qué quiere decir todo esto? Que la religión es la luz espiritual, el resorte intelectual de esa larga serie de siglos que viene del imperio romano al siglo XVI. Y aquí siempre la religión, o, digamos más claro, la Iglesia Romana, es el asiento, la guía y el estímulo del brillante movimiento en el que se ven surgir los genios de Rafael y Miguel Angel, los soles del mundo, de la belleza y del arte.

No pretendo hacer ni siquiera la numeración de los poderosos artistas de todo orden que como al sonido de una trompeta surgieron al oír la llamada del Renacimiento. Fué un sacudón de todos los países cultos de la Europa; pero especializado en Roma y en Florencia. Pero antes de hablar de estos genios, quiero hacer mención del pintor santo, de Fra Angélico, que aquí tiene el mismo desempeño que Santa Cecilia en la música, almas celestiales que nos desprenden del suelo que pisamos y en corta contemplación nos hacen tocar las puertas de un reino superior. El dominicano Fra Angélico es el pintor místico por excelencia. Sus figuras son recatadas e ingenuas y llevan consigo la religiosidad más sincera; todo es simple y delicado en ellas, a pesar de la gran expresión que las anima; mirarlas con detenimiento es hacer una oración.

No comparemos sin embargo a Rafael con Miguel Angel. Son genios distintos, son vidas distintas, son caracteres más que distintos, opuestos. Rafael es el encanto y Miguel es la potencia. Si algo los une y es causa de que sus nombres y su fama corran parejas en el universo, es su fe y su amor a la Iglesia y si se les cree hermanos es porque han convivido y crecido en el arte bajo el techo de los Papas.

Apenas descubierto el genio de Rafael, lo traen a Roma. La Basílica de San Pedro se encuentra en sus primeros trabajos; el palacio

del Vaticano está dejando su aspecto de fortaleza medioeval; se han puesto obreros para transformarlo en el inmenso edificio que hoy se vé. Rafael es llamado a ser sucesivamente arquitecto del templo y decorador del palacio; ambos son monumentos del mundo, pero nadie duda de la capacidad del joven artista puesto a conducir su fabricación. Es que los genios de aquellas épocas no eran circunscritos a una determinada especialidad como los que nacen o se forman en los días que corremos. Rafael hacía esculturas como hacía versos y tocaba el violín, como Leonardo la lira, y como cantaba Fra Bartolomeo el gran pintor florentino. El mismo Dante dibujaba y amaba a la música.

Autor favorito de Rafael, es el Ariosto, como el Dante lo es de Miguel Angel, y Shakespeare de Beethoven. Es la traba misteriosa del arte, la misma que dispone que Homero, puramente poeta, sea el precursor de los escultores y arquitectos de Grecia, y que el genio estético de Italia espera la llegada del Dante para hacer su deslumbradora aparición en el mundo.

Pero Rafael es casi un teólogo. El gran fresco llamado impropriadamente la Disputa, y que en verdad es la glorificación de la Eucaristía, detalla cuanto se puede hacer con el diseño y el color, la importancia suma y la universal veneración por el sacramento del altar. Los personajes son de toda época, su expresión es de fe en el semblante y de tranquila energía en el gesto y postura. En lo alto se abre la divina corte del cielo para ponerse en comunión con los santos de la tierra delante de la hostia, que es el centro de toda la composición. ¡Qué pintura tan hermosa! Su mérito, en la estética general como en el consentimiento de los hombres, es sin duda el más alto que puede atribuírse a una obra de arte de su género.

Pasemos a la pintura a óleo de Rafael. En el museo de Dresden en Sajonia se encuentra, única reina no destronada, la Madona llamada de San Xisto. Todos la conocemos. Es la Virgen con manto en la cabeza, que el viento hincha como vela de buque; está de pie y carga al niño que nos fija la vista. Es el cuadro predilecto, no digo de la ciudad de Dresden, sino de toda la Europa y de todo el mundo. Ella, la Virgen, también fija sus ojos oscuros, con los cuales

penetra hasta el corazón. El conjunto del cuadro explica lo que es una verdadera soberanía; la del poder, de la sapiencia, de la bondad inefable y de la belleza suprema, reunidas todas bajo el manto de María.

Así, pues, trabajando siempre, como presintiendo que su vida sería corta, el admirable Rafael, el *divino pittore* como lo llaman en Roma, gana al tiempo que lo desafía, y produce más y más obras, más y más madonas, que todas son obras maestras, exponentes seculares de la felicidad, de la gloria y belleza y de la eterna verdad del Cristo y de su madre amada.

En tanto el gran artista florentino, Miguel Angel, presenta sus primeras estatuas y hace ver en Florencia sus primeras pinturas. Pero el Papa Julio II se pone celoso de que ese talento nuevo sea sólo para los Medicis de Florencia y consigue atraerlo a Roma. Es el primer paso hacia el monumento en el cual había de figurar la estatua de Moisés.

Y esta es otra obra que, como la Virgen de S. Sixto de Rafael, no hay más que nombrarla para que cualquier persona la recuerde vivamente. Ahí está el legislador con su gran barba de mármol y con los rayos luminosos, también de mármol, que se desprenden de su frente; a sus pies acuden ahora en contemplación los romanos del día y los forasteros que llegan de todas partes. Si es cierto lo que afirma el filósofo, que el arte se mide por la emoción que infunde, no hay obra producida de mano de hombre comparable al Moisés. Cerca de nosotros, en una de las visitas, encontramos un hombre que mira callado; después de rato largo solo dice: da miedo.

No tanto miedo da el Juicio Final pintado al fresco sobre la pared maestra de la Capilla Sixtina.

El tiempo y los retoques lo han menoscabado.

La grandeza de la composición, lo trágico del argumento se encuentran a más vencidos por la hermosura de la Creación del hombre y de la mujer, por los profetas y las sílabas que en lo alto decoran la bóveda por la mano del mismo Miguel Angel.

No es posible detenerme, cuan verdadero placer fuera, a explicar y alabar esos argumentos donde se patentizan las facultades del más grande de los artistas nacidos. Básteme, por

ahora, retener y repetir que esas inspiraciones con ser expresadas en plástica perfecta y por arte y ciencia reunidas en forma admirable, dicen la profunda comprensión del artista en materias que ante todo necesitan mucha alma, mucha fe.

La mano ya cansada, desfallece; no deja Miguel Angel de atender, sin embargo, a una obra suya que mira con todo amor, y es la cúpula de San Pedro, obra también sin rival, portento de armonía, de fuerza y de luz. Esas grandes curvas que buscan el cielo, talvez le recuerdan que su fin se acerca. El solía decir: la vida nos place, ¿por qué entonces la muerte, obra del mismo maestro, nos habría de desagradar? Y en versos suyos de los últimos se encuentra la estrofa siguiente que traduzco: "Cada día desde mis primeros años, Oh Señor, tú has sido mi apoyo y mi guía, sostén otra vez mi alma en medio de sus angustias".

No contento, pues, con sus obras, Miguel Angel recurre a las palabras. Su genio inmortal, su imaginación grande y santa, que se mantuvo en vida como flotando entre lo real y lo señalado sólo por el espíritu, le hace ver claro, y entrega su alma al mismo Creador al cual dió interpretación humana nobilísima dentro de las bóvedas de la Capilla sixtina.

La escuela romana en su conjunto, se encuentra si no eclipsada, deslumbrada ante estos dos genios que hemos recordado. Por eso quiero salir y revistar un momento a los artistas de Toscana, Lombardía y Venecia, donde la pintura cristiana es simultáneamente cultivada por otros genios y enriquecida por otras obras maestras.

André del Sarto es un Rafael florentino. Sus madonas son de una dulzura encantadora, las coloca entre otros santos de pie o las sienta sobre un sillón, o sobre ella misma sienta al Niño para que juegue con su primitivo el Bautista. Fra Bartolomeo, en seguida es allí el más grande de los pintores de la escuela. La divinidad de expresión, la ciencia del claro oscuro y la acertada disposición de sus figuras son en él cualidades maestras, que naturalmente tiene dedicadas a acrecentar el rico acervo de la pintura religiosa en Italia.

El Corregio es pintor célebre de Ferrara, y aunque artista más profano que los nombrados,

no dejó de ofrecer las primicias de su pincel a los asuntos religiosos que guiaban los pintores de la época. El Tiziano es a su vez el mayor exponente del arte veneciano. Vive 99 años y en su estele gloriosa brilla con fuerza especial la triunfante tela de la Asunción de la Virgen María. Le siguen el Tintoreto, el Veronese y Tiépolo, todos conocidos y populares en el mundo, todos animados por igual anhelo de descollar en el campo religioso.

Leonardo De Vinci, genio vasto ecléctico, campea en la ciencia y en el arte; es un precursor de los inventores modernos. Lo que más admira en sus obras es la pintura al fresco dejada en Milán, en el Convento de Santa María de las Gracias, pintura monumental y todavía maravillosa a pesar de las injurias del tiempo. Es la Cena, composición conocida y popularizada por los cuatro ámbitos del mundo, y que seguramente muchos de los que me oyen están viendo en este momento hasta en sus detalles, dentro de su recordación. La cabeza del Cristo que preside el santo banquete es juzgada por muchos críticos como la más bella y expresiva que de él se ha hecho.

Durante siglos los artistas han querido descollar en todos los países en el sentido de la pintura sagrada, pero no es posible referirse sino a los muy principales dentro del marco de una conferencia. Nos contentaremos con saludar en España a Murillo, pintor devoto de la Virgen María, autor mil veces celebrado de la Purísima del Manto Azul, y al poderoso Velásquez, que hizo también madonas y sobre todo pintó un Crucificado lleno de realidad pero acusando al mismo tiempo la fe y el respeto artístico de todo un buen español del siglo de oro, del siglo XVI.

Debo prescindir de muchos pintores de diversas naciones que depositaron las flores de su ingenio a los pies de la religión y que a su vez fueron estimulados o protegidos desde el Vaticano. Pero no sería posible dejar sin mención a los dos genios del norte, a los grandes flamencos Rubens y Van Dyck, al maestro y al discípulo que con mérito bien podría trocarse uno por otro. Ambos son hermosos ejemplares humanos, elegantes, finos, caballeros cumplidos.

Ambos confirman mi aserto de que el verda-

dero genio en el arte no se encuentra satisfecho aquí abajo. Rubens se ve encumbrado en la fortuna, en los honores, en sus éxitos diplomáticos; entonces desde la altura divisa el más allá y concibe el Descendimiento, guardado hoy en la Catedral de Amberes. Pintura maravillosa si las hay, el descubrimiento de una escena patética, compuesta en forma y colorida vibrante, derroche del saber y de la imaginación de un hombre extraordinario en cuyos adentros arde una llama viva, la llama de la fe.

Menos grandioso, menos abundante, Van Dyck es quizá más perfecto, y todavía más elegante. Sus cuadros del Cristo, ilustraciones magníficas del evangelio, sus madonas que rivalizan con las bellas producidas por la Italia, bastan para asignarle un sitio preferido entre los pintores religiosos que hemos venido enumerando.

Y en el mundo de los coleccionistas y en los anales de los museos y galerías, es más considerado aún Rembrandt, otro holandés del cual una obra cualquiera de mediana importancia no se puede hoy adquirir sino llevando millones en la mano. De los 350 cuadros que pintó, un buen número es inspirado por asuntos bíblicos y cristianos.

Para lo que es nuestro tema de hacer ver cómo las bellas artes tienden de por sí a elevarse hacia la Belleza increada, bastaría la dominación y ligera reseña que ya terminamos de los artistas preferidos y selectos citados en mi discurso. Debo añadir, sin embargo, y hacer considerar, especialmente a los escultores que en igual sentido han guiado sus esfuerzos.

¿Volveremos a Miguel Angel, que lo mismo manejaba el pincel que empuñaba el cincel? ¿O nos detendremos en su maestro Donatello, autor de la Anunciación, que descuella en la Iglesia de la Santa Croce, el Panteón de Florencia, o saltaremos hasta Casanova y Thorwaldson, los escultores modernos del perfecto clasicismo pero siempre movidos por el anhelo cristiano?

Pero veo que se está completando la cabida que se podía asignar a esta conferencia. Me resta no más hacer el corto elogio de los arquitectos, propulsores eficientes en este concurso de los artifices de lo Bello en obsequio de los santos. Por tercera vez caemos de lleno en Miguel Angel; su domo de San Pedro es la obra do-

minadora de la arquitectura del Renacimiento; nadie ha podido igualarla.

Los hombres de las antiguas iglesias góticas, de las catedrales bizantinas, como Santa Sofía de Constantinopla, que espera otra cruzada para volver a Cristo, de los templos románicos y de los primeros monumentos góticos que se miran desde el Rin, desde el Sena y desde el Támesis, merecen por cierto un voto de admiración ferviente y convencida. Hay momentos en que, dentro de esos monumentos de interiores ennoblecidos por los siglos, lo misterioso de la redignión habla al alma sin mayores explicaciones; cuanta falta de luz natural para mirar los calados de las altas bóvedas góticas es compensado por otras claridades que allí se encuentran y que vienen solas a nosotros.

Y si es tan grande el interés que los pontífices de Roma pusieron en estas obras, que el Papa

Alejandro III, en el año 1159 fué en persona a colocar la primera piedra de la que hoy todavía es y seguirá siendo talvez por muchos siglos, la Catedral, Nuestra Señora de París, modelo de belleza en proporciones, dechado de elegancia arquitectónica. El hecho es poco conocido; y es satisfactorio divulgarlo.

Ahora, terminemos, proponiéndonos abiertamente la deducción que fluye a todo lo dicho. Si las más grandes obras de belleza que la humanidad produjo dentro de su entera capacidad no fueron concibidas sino con espíritu altamente cristiano, no dudamos un momento de que el genio del hombre ha visto allí lo justo y ha encontrado el camino de la verdad. Los genios no se equivocan y por eso son genios. Las mediocridades, los talentos secundarios de las artes no han sido tomados en cuenta, no han sido nombrados por muy respetables que fueran, en este estudio que he terminado.

Un juicio de la Historia

La Iglesia Católica Romana es el más universal, el más grande y el más complicado, pero al mismo tiempo el más unificado de cuantas sistemas haya producido la historia. Todas las fuerzas del alma y del genio humano, así como también las materiales han colaborado en la construcción de este edificio... La Iglesia posee en

su organización una capacidad de adaptarse al desarrollo histórico de los acontecimientos como ninguna otra: ella queda siempre la misma, a lo menos así lo parece, y sin embargo se rejuvenece constantemente".

Adolfo Harnack.

“Caracteres generales de la exégesis Bíblica de la Iglesia Católica” (1)

Por el Pbro. D. Ricardo Meza,

Licenciado en Ciencias Bíblicas del Instituto Bíblico de Roma.

El motivo principal por qué los libros que componen la Biblia requieren una *interpretación* es porque han sido escritos por *orientales*; y los orientales no tienen los usos y costumbres literarios de los latinos.

De modo que, al ser tomados sus escritos en sentido literal, se corre el riesgo de no interpretar fielmente su sentido íntimo.

La hipérbole es un recurso muy socorrido de los escritores orientales, y también de los autores del Antiguo Testamento; y así sorprende, en los Profetas de Israel, por ejemplo, la desproporción manifiesta que hay en muchos pasajes entre la expresión hiperbólica y grandilocuente, y la niñería de la cosa o acontecimiento de que se trata.

Como estilo literario, el oriental no usa la frase periódica, larga y bien construida, acostumbrada por el occidental o latino, sino la proposición breve enlazada a la siguiente por la conjunción y.

Ejemplo clásico: el principio del Evangelio de San Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios”.

Otra de las razones que hacen necesaria la interpretación es que algunos de los autores en sus escritos se refieren a una predicación anterior, hecha con toda amplitud; y sin tomar en cuenta esa predicación previa cuya doctrina debe suponerse conocida, los escritos bíblicos correspondientes no serían fácil ni correctamente interpretados.

Ejemplo clásico: Las Epístolas de San Pablo.

Una tercera razón que hace necesaria la interpretación o exégesis, es la diversidad de costumbres en los orientales y occidentales. Esta diversidad es la misma en la antigüedad y en los

Por fin, las traducciones alteran un poco el significado exacto de los libros originales. A veces el sentido cambia de un modo importante; otras veces se nota la misma idea, expresada, sin embargo, en palabras más débiles, al ser traducidas.

Ejemplo: la frase “Misereor super turbas” pronunciada por Jesucristo a orillas del lago, expresa en latín un noble y profundo sentimiento de compasión; pero la expresión griega es infinitamente más fuerte y expresiva, pues significa un sentimiento que brota del fondo de las entrañas, de las vísceras, que se conmueven y agitan a impulsos de ese sentimiento.

* * *

Los antecedentes expuestos podrían bastar para una correcta interpretación de un libro oriental de mera literatura o filosofía, o historia, un libro corriente; pero tratándose de la Biblia, el buen intérprete debe estar animado del espíritu de la iglesia, es decir, de un espíritu sobrenatural, y por decirlo así, divino.

Como regla general, el exégeta católico debe someter su juicio al de la iglesia, en aquellos puntos sobre los cuales ha recaído un juicio suyo oficial.

Debe también seguir la interpretación de los Santos Padres.

La razón es obvia: ellos estaban más cerca de las fuentes, y algunos oyeron la misma predicación apostólica, lo que les da una autoridad especial e innegable.

Los Padres Apostólicos son:

San Justino.

San Ignacio de Antioquía.

San Policarpo, discípulo de San Juan.

San Clemente, Romano.

San Ireneo, discípulo de San Policarpo.

San Gerónimo.

* * *

San Agustín, uno de los más grandes teólogos de la Iglesia, no es sin embargo el mejor de

(1) Lección inaugural del curso de Biblia profesado en el Centro de Estudios Religiosos durante los años 1928, 1929 y 1930. El texto es un simple extracto de una lección de una hora.

tiempos modernos. Sin tomarla en cuenta, los Libros Santos no serían bien interpretados.

los exégetas entre los Padres de la Iglesia, porque no conocía las lenguas orientales originales en que la Biblia fué escrita.

Santo Tomás de Aquino, es un admirable intérprete de la parte teológica de la Biblia; pero a pesar de su genio, y por la misma circunstancia que San Agustín, tampoco goza de gran autoridad como intérprete de los otros aspectos de la Biblia.

Después del siglo V sólo ha habido un gran intérprete: el Venerable Veda, inglés del siglo VIII. Su Comentario al Evangelio de San Mateo es célebre y clásico.

* * *

Durante toda la Edad Media no hay intérpretes originales y que merezcan una nota especial.

* * *

La Reforma y el Concilio de Trento son los dos acontecimientos históricos que dieron origen al gran movimiento exegético moderno.

La resolución capital y la línea general trazada por el Concilio de Trento es que el intérprete católico debe someter su juicio al colectivo de la Iglesia.

* * *

Entre los grandes exégetas que siguieron a esa época deben citarse los españoles: Toledo, Maldonado, Rivera; el holandés Cornelio a Lápide; y el belga Lucas de Brujas.

La Edad de oro de la interpretación escriturística son los siglos XVI y XVIII, y su gran

mérito consiste en haber seguido con gran fidelidad los vestigios de los Santos Padres.

León XIII con su Encíclica "Providentissimus Deus" renovó, puede decirse, el ardor de los estudios bíblicos entre los católicos.

Recomienda en ella atenerse de un modo preferente a los autores e intérpretes católicos. Autoriza también para acudir a los trabajos de los no católicos con las debidas cautelas.

La cautela principal es que entre los exégetas modernos alemanes y protestantes, que van a la cabeza del movimiento científico en esta materia, no hay ni uno solo que parta de la base de la Divinidad de Jesucristo.

Entre los ingleses, Plummer, uno de los más conservadores y moderados, la niega.

Los franceses no tienen trabajos originales sobre la materia.

Renan, por ejemplo, carece de toda autoridad científica, pues, fué un simple vulgarizador en los países latinos de una ciencia nacida en Alemania y en una época en que todavía no era muy conocida en el mundo.

El mérito principal de los trabajos alemanes está en sus profundos conocimientos filosóficos y en la aplicación a ellos de lo que en Alemania se entiende por método histórico.

Como regla general para el católico que se dedica a estos estudios, formulamos esta: "cuando haya una contradicción aparente entre el significado etimológico de una palabra y el sentido que le da la Iglesia, atenerse a este último".



EL CELIBATO SACERDOTAL

En los tiempos que corren, no es raro encontrarse con personas que se dicen católicas, y que sin embargo, demuestran un desconocimiento absoluto del significado del celibato sacerdotal. Este desconocimiento tiene su raíz muchas veces en un interés y aprecio poco profundos por el misterio de la Santísima Eucaristía y no cabe duda: sólo este misterio, explica plenamente la pureza casi angelical que la Iglesia exige de sus ministros.

“Nobis datus, nobis natus, ex intacta virgine”: así como María, por la cual Cristo vino al mundo, era virgen, así también el sacerdote, que diariamente hace nacer nuevamente sobre el altar al Divino Salvador, debe serlo igualmente; el celibato es para el sacerdote el traje nupcial, que le hace apto para la unión continua con el cordero inmaculado.

Pero fuera de estos motivos espirituales, hay otros, eminentemente prácticos, que justifican plenamente el celibato. El sacerdote es el distribuidor de los sacramentos, pero no sólo debe atender estas funciones en la iglesia, a donde acuden los fieles, sino también corresponderá cuanto llamado le hagan: donde haya un enfermo, un moribundo que pida los auxilios de la Religión, allá debe irse con toda presteza, sin temor de contagio, despreciando todo peligro, dispuesto a sacrificar salud y vida, si fuera necesario, en el desempeño de su ministerio. ¿Un sacerdote casado, que siempre debería tener presente la suerte de su familia, tan íntimamente ligada a la suya propia; ¿podría sacrificarse como lo hace el sacerdote célibe? ¿Un Padre Damián, que dedicó su existencia al cuidado de los leprosos, hasta que él mismo cayó víctima de esta terrible enfermedad, podría haber llegado a tal heroísmo, si hubiera estado casado? ¿Y qué diremos de los innumerables misioneros que abandonan todo para predicar en tierras lejanas a tribus salvajes y hostiles el Santo Evangelio?

El sacerdote además es padre espiritual de muchos, los afligidos, los huérfanos, las viudas, esperan de él consuelo y ayuda; tiene que hacerse todo para todos. ¿Cómo lo hará si no se pertenece a sí mismo?

El sacerdote es guía de almas, su oficio es enseñar el recto camino a los que yerran, levantar a los que cayeron, preservar a los inocentes. Dará consejos a los que los necesitan, pero más que

consejos, dará el ejemplo. Y esto es primordial. ¿Cómo dirá al joven: sé casto, absolutamente casto, nada te es permitido hasta que escojas compañera y te unas a ella por el lazo indisoluble del sacramento? ¿Cómo dirá al pecador que se debate en los tentáculos del vicio: levántate, lucha, vence, todo lo puedes en aquél que te conforta? Más que con palabras, predicará con su ejemplo: la renuncia voluntaria y perpetua de todo deleite carnal: ni siquiera aquello autorizado y hasta santificado por el sacramento del matrimonio.

El celibato da al sacerdote católico un carácter especial y único. Le rodea de un nimbo de dignidad y en vano buscaremos entre los ministros de otros credos quien se le igualara. Este nimbo ha cautivado a muchos pensadores, no diré católicos, sino a hombres incrédulos, racionalistas, escépticos, hasta ateos.

A continuación van algunas citas que confirman lo dicho. El Protestante Sell escribe en su libro sobre el “Catolicismo y Protestantismo”: “El celibato sacerdotal no tiene por objetivo principal el hecho de que un sacerdocio libre de obligaciones familiares sea un instrumento más eficaz en manos de sus superiores jerárquicos que una clerecía ligada por lazos de carne y sangre a la familia, al pueblo y al terruño, sino está basada más bien en la idea del espíritu de sacrificio. El sacerdote debe pertenecer único y exclusivamente a Dios, con alma y cuerpo”.

Schopenhauer afirma que el Protestantismo ha cortado el nervio vital del Cristianismo, por el solo hecho de haber negado el mérito del celibato. Más aún, dice: “El Protestantismo, eliminando la ascética y su punto céntrico, el celibato, abandonó en definitiva la misma esencia del Cristianismo y en consecuencia, se hizo reo de herejía... De este modo puede formarse una religión apropiada para pastores confortables, casados y modernistas, pero un sistema tal no es cristianismo.

Nietzsche escribe: “Lutero devolvió al sacerdote las relaciones sexuales con la mujer; pero las tres cuartas partes del respeto de que es capaz el pueblo y especialmente la mujer, descansan en la convicción de que un hombre excepcional en este punto, también lo será en todo sentido. Lutero, después de haber dado la mujer

al sacerdote, tenía que quitarle necesariamente la facultad de confesar; era la consecuencia psicológica. Pero de este modo había dejado de existir prácticamente el sacerdocio cristiano, cuyo principal mérito fué siempre él de ser un oído sagrado, una fuente sellada, una tumba de secretos”.

En su libro “El matrimonio católico”, el autor alemán Josef Muller expone: “No cabe duda que el servicio de los Altares, la relación íntima y diaria con la Santa Eucaristía y el servicio incondicional que el sacerdote debe a sus feligreses, aconseja, más bien exige el celibato. La Iglesia sólo pudo llegar a este ideal después de siglos de lucha y después de haber pasado por graves crisis. Ahora no permitirá que se pierda tan preciosa conquista y la defenderá, dispuesta a los mayores sacrificios. Perderá naciones enteras, antes de abandonar el celibato. El oficio del sacerdote es tan sagrado que no tolera las condiciones de vida de un plácido pastor protestante... La vida del sacerdote tiene en sí algo etéreo, está rodeado de una atmósfera de santidad, por esto él no puede ser un hombre cualquiera”.

Si Nietzsche, a quien ya hemos citado, opina que el sacerdote es “el tipo más fino que haya producido la sociedad humana”, Renan está de acuerdo con él al decir: “Casad al sacerdote, y destruiréis la especie más exquisita de la sociedad”.

Michelet, el librepensador y protestante, escribe en su “Historia de la reforma de Gregorio VII: “El Cristianismo podría considerarse perdido, si la Iglesia, afeminada y falta de ideales a consecuencia de la vida matrimonial de sus sacerdotes, se hubiera materializado en un poder puramente terrenal. Echada a perder estaría la sal de la tierra, se acabaría la virtud heroica y la sublimidad de sus ideales. Una iglesia así, jamás hubiera podido levantar las naves de la Catedral de Colonia, jamás habría producido el alma de San Bernardo o el genio de Santo Tomás”.

En el N.º 1075, año 1906, el diario liberal “Coreo de Estrasburgo” observa “que la absoluta mayoría del clero cumple fielmente su voto de castidad, lo que es el título de la más alta honra”. Agrega: “Siempre habrá algunas excepciones, pues también los sacerdotes no son sino hombres como nosotros mismos y sujetos a las debilidades de nuestra especie. No debemos caer

en el error de dar más importancia a las excepciones, de lo que merecen”.

Citaremos finalmente a Fr. W. Foerster: “Protestantes libres de prejuicios han reconocido siempre que el clero católico practica y cumple dignamente con las obligaciones que le impone el celibato. Cuán pocos son los “escándalos”, si se toma en cuenta la generalidad del clero y teniendo presente la vigilancia que sobre su conducta se ejerce. Se ha comprobado en más de una ocasión que entre los hombres casados son mucho más frecuente las desviaciones. Pero esto no es una mera casualidad: hay que tener presente la protección especial que significa para el sacerdote su dignidad simbólica misma, cómo está alejado de muchas tentaciones a las cuales están expuesto los demás mortales y el sosiego interior que le procuran los usos y ceremonias de la iglesia y sus relaciones íntimas con el Sacramento del Altar.

Basta de citas. El sacerdocio célibe es una de las gracias más sobresalientes con que Dios ha distinguido a su Iglesia; hay que estarle agradecido por este excelso don que además, tiene una enorme trascendencia social ¿Creéis, acaso, que Rusia hubiera llegado a la situación tal lamentable en que se encuentra en la actualidad, si hubiera sido católica, apostólica, romana? De cuantas naciones no intentó adueñarse el Soviet: Austria, Hungría, Baviera y últimamente España. Todas ellas católicas. ¡En vano! El clero romano célibe es la fuerza vital de la Iglesia y contra él se estrellarán todos los intentos de los enemigos.

A poco de terminar la guerra mundial, se intentó establecer un cisma en Checoslovaquia. Uno de las exigencias principales de los extraviados era el levantamiento del celibato. Benedicto XV dijo: “¡Jamás!”, los rebeldes recapacitaron y el asunto quedó terminado como por encanto.

Para terminar, un dato sugestivo. Algunos adversarios del celibato quieren dar mayor peso a su argumento, diciendo que el clero falta al mandamiento, dado por Dios a nuestros primeros padres en el Paraíso: “Creced y multiplicaos”.

Perfectamente; pero quien escribe estas líneas ha conocido a personas que así opinan y que sin embargo en su vida matrimonial practican las doctrinas de Malthus. Huelgan comentarios.

El Catolicismo como factor conservador del Estado

Por Monseñor Dr. Kaas, Jefe del Centro Católico Alemán

El concepto liberal-materialista del Estado, llevado hasta sus últimas consecuencias, no reconoce ninguna validez absoluta y suprahumana de la Religión y del orden moral como base del Estado. La acción de éste último se limita a porteger con sus leyes a los individuos y a la propiedad privada. El individualismo liberal significa la negación, aunque inconciente del verdadero espíritu social.

Pero el concepto socialista resulta más destructivo: más radical que el liberalismo, niega o ignora la religión y la moral como bases naturales y por Dios ordenadas de la constitución del Estado. Aunque algunos, y hasta muchos partidarios del socialismo, quisieran conceder, en lo que toca a su persona, a la religión un asilo en el Estado moderno, a la luz del desarrollo del programa socialista, resulta tal proceder un simple compromiso de transacción política, pero ninguna orientación de la cual podría esperarse una reacción favorable. La exclusión de la base religiosa resultará a lo largo (no obstante del idealismo honrado y hasta heroico de algunos) en todo Estado socialista del presente y del porvenir un elemento destructivo.

El principio arreligioso e irreligioso, ha encontrado en el bolchevismo su encarnación demoníaca. La abolición de la religión por todos los medios de la corrupción y del terror, la abolición de todas las normas morales, destrucción de la familia y de la propiedad privada, reducción del individuo a la condición de un átomo de la masa amordazada por una dictadura obligatoria: estas son las etapas trágicas del camino por el cual el Anticristo bolchevique quiere llevar la humanidad, para borrar de la faz de la tierra todo concepto cristiano de la constitución del Estado y para erigir en su lugar un trono de Lucifer.

Un producto de los actuales tiempos, contra el cual el idealismo católico debe estar alerta, del cual debe distanciarse y hacerle frente, si fuera necesario, es el movimiento racial y nacionalista extremista. Este proclama la raza como

supremo bien, al cual deben subordinarse la religión, la moral y la Iglesia. Un Estado sobre esta base resulta el órgano absolutista y omnipotente del conjunto racial, un criadero dictatorial, por el cual quedará rebajada la libertad individual, hasta en el campo económico, muy por debajo del nivel natural mínimo. Por cierto, el programa y el desarrollo de este movimiento se halla aún en sus comienzos y no lleva todavía ningún rumbo bien determinado; en consecuencia no es imposible que se oriente y corrija en sentido favorable. También hay un número relativamente grande de partidarios de este nacionalismo exagerado que se han dejado arrastrar por ciertos conceptos aislados, sin darse cuenta de la incompatibilidad de los principios católicos con los programas nacionalistas.

Sea como sea, hoy por hoy, el movimiento nacionalista lleva rumbos tales, que las diferentes autoridades eclesiásticas se vieron obligados a declarar con énfasis esta incompatibilidad. Por consiguiente nos encontramos también en el racialismo con desviaciones de la práctica y de la doctrina cristiana, que tarde o temprano tendrán que redundar en grave perjuicio para el mismo Estado.

Solo aquellos principios pueden a la larga afianzar y mantener el poder del Estado, que sin preocuparse de los caprichos del momento, sin temer la psicosis de las masas y que sin inclinarse ante los sillones parlamentarios ni ante los tronos de los dictadores, sacan también sus consecuencias en el orden político de la ley natural y de la ley revelada.

Descansando sobre esta base, el concepto católico del Estado se mantiene en el justo término medio entre los extremos tanto de la derecha como de la izquierda y confirma al Estado como la organización soberana, natural e indispensable de los pueblos. No confirma tan solo al Estado tal cual, sino también al Estado fuerte, ya que solo un Estado que posee la justa relación entre obligaciones y poder, se encuentra en la situación de cumplir su misión con éxito y autoridad.

El concepto católico ennoblece al Estado, pues al incluir en la solemne esfera de las obligaciones morales y religiosas, las relaciones entre el ejecutivo y los ciudadanos, le da aquella base ética que de por sí nunca podría corresponderle.

La Iglesia educa al Estado al advertirle los límites dentro de los cuales debe mantenerse, no obstante de toda su autoridad e independencia. Ella es la protectora alerta de los derechos inalienables del individuo frente a las exigencias siempre crecientes de un Estado que se siente cada vez más fin de sí mismo; pero por otro lado defiende con la misma energía la autoridad bien constituida frente a las influencias disolventes de un individualismo exagerado.

El Catolicismo afirma las aspiraciones nacionales legítimas del Estado pero no permite que se olvide de sus obligaciones internacionales, debiendo cooperar con las demás naciones para obtener los fines comunes de la humanidad, aún cuando alguna vez hubiera que sacrificar sus propias conveniencias en aras del interés común. Indiferente respecto a toda forma de gobierno, el concepto católico del Estado tiene una sola misión: de procurar que la constitución del Estado y las instituciones políticas existentes cooperen en grado máximo al bien común, siempre dentro de las normas establecidas por la religión y sin inmiscuirse en forma perturbadora en la misión supraterrena de la Iglesia.

El origen del Pentateuco

El profesor A. S. Yahuda, que en su tiempo ocupó la cátedra de Historia Bíblica de la Universidad de Berlín y más tarde la de idiomas semitas de la Universidad de Madrid, al investigar los orígenes de las lenguas hebrea y egipcia, ha llegado a la conclusión, que el pentateuco debe haber sido escrito por observadores contemporáneos de los respectivos acontecimientos.

El profesor Yahuda opina que Moisés en persona ha escrito el relato del Exodo de los Israelitas de Egipto y que también la descripción de la caída de Jericó está hecha por un testigo ocular, probablemente por un miembro del ejército israelita. Los datos sobre el diluvio deben proceder igualmente de testigos contemporáneos. Expone el sabio: "Se ha creído que la historia del Génesis fué escrita en el siglo seis A. C., por demostrar tanta semejanza con las tradiciones asirias y babilónicas muy especialmente con el relato del diluvio. Pero si fuera así, debería encontrarse igualmente inconfundibles rastros del idioma asirio. Pero en mi investigación sobre el origen de las palabras, apenas he podido constatar señales muy insignificantes de tal influencia. Estos relatos son muy anteriores al cautiverio en

Babilonia: llevan todas las características de la gran civilización de los Patriarcas de Ur.

"La historia de José Egipcio fué calificada por los críticos como tan pobre y tan incoherente, que según ellos debe haber sido escrita muchos siglos más tarde. Las investigaciones lingüísticas sin embargo prueban una extraordinaria influencia de palabras y expresiones egipcias y además un sorprendente conocimiento de la vida y de las costumbres de aquél país. Estas lacónicas descripciones, que aparecían tan vagas y faltas de precisión, se ven ahora bajo una prisma muy diferente: deben haber sido escritas por una persona que conocía a fondo a los egipcios, por una persona que pensaba en egipcio y escribía en hebreo. Por otra parte, existen en las inscripciones egipcias muchos pasajes cuyo sentido los egiptólogos no han podido comprender nunca y que solo ahora, pueden leerse, comprándolas con los textos hebreos correspondientes. El resultado de estas comparaciones es la prueba arqueológica del Exodo. Se impone la suposición de que esta grande transmigración fué descrita por personas que participaban directamente en ella, que fueron descritas por autores de origen egipcio y para personas muy interiorizadas con la vida y las costumbres egipcias".

Noticias Religiosas

EL CLERO FRANCÉS Y LA TERCERA REPUBLICA

PARIS. — La siguiente informacin procedente de Francia demuestra las desastrosas consecuencias que ha tenido para el clero francés, y por consiguiente para el catolicismo en ese país, la legislación antirreligiosa puesta en ejercicio desde los primeros años de la Tercera República, y completada con la que se dictó a principios del presente siglo.

Estadísticas oficiales sobre el número de ordenaciones sacerdotales, muertes y retiros desde el año 1900 hasta 1930, se han hecho en 78 de las 81 diócesis de la Francia. El melancólico resultado de esta encuesta es dejar establecido el hecho de que el estado de cosas es mucho más serio de lo que generalmente se supone y que la situación no se mejorará a lo largo de muchos años venideros.

Ante todo, se presenta el espectáculo corriente de la iglesia abandonada y la casa parroquial vacía en las pequeñas aldeas del sur y del centro del país. Esto, aunque lamentable, no es tan serio como parece, porque la población misma ha emigrado de estas pequeñas localidades, muchas de las cuales tienen ahora menos de 100 habitantes. En estas parroquias ya no es necesario un sacerdote residente; un sacerdote provisto de medios de transporte, podría atender varias de ellas.

La raíz del mal está en que desde 1900 a 1930 el número total de ordenaciones sacerdotales fué inferior en 13,000 al número de las muertes—lo que equivale a decir que ha habido durante esos 30 años una pérdida anual de más o menos 400 sacerdotes. Solamente ocho diócesis en todo el país, han logrado mantener más o menos las cuotas regulares y necesarias: Lucon, Marsella, Quimper, Mende,⁹ Metz, Orleans, Angers, Vannes; mientras una sola diócesis, la de Lille, muestra un notable aumento. Entre la mayoría el déficit es, en algunos casos, muy pesado, siendo las peores Amiens, Autun, Bayeux, Besancon, Coutances, Clermont-Ferrand, Lyon, Tarbes y Tolosa.

La gran caída en el número de las ordenacio-

nes principió alrededor de 1888, cuando la legislación anticlerical de la tercera República principiaba a producir sus efectos. Desde 1904 en adelante vino la imposición sobre los seminaristas del período completo del servicio militar. En la misma fecha la Separación, con la confiscación de los edificios de los seminarios, la supresión de los estipendios del clero, el secuestro de las rentas eclesiásticas y todo lo demás influyeron muy seriamente sobre las vocaciones; de tal manera que en julio de 1914, en vísperas de la gran guerra, el número de las ordenaciones bajó a 700⁹ la cifra más baja conocida e inferior en 1,000 a las antiguas cifras habituales.

La guerra, prácticamente, puso fin a las ordenaciones a lo largo de cinco años. Durante este tiempo casi ningún joven físicamente capacitado fué ordenado y millares de jóvenes sacerdotes y de estudiantes eclesiásticos murieron en los campos de batalla. Cuando los seminarios fueron reabiertos, hubo un aumento temporal, causado por las "vocaciones postergadas"; pero, por otra parte, el efecto de la tremenda caída de la cifra durante los años de la guerra se ha visto ya en el escaso número de entradas a los seminarios, y la escasez debe persistir por lo menos hasta 1945. El problema se complica todavía grandemente hoy día por el éxodo de la población hacia las grandes ciudades. El resultado es que las diócesis de más escasa población tienen relativamente el mayor número de sacerdotes. Así, en Tarentaise, Verdun, Gap., Cahors, Digne, Rodez hay 14 a 20 sacerdotes; pero en Burdeos, Cambrai, Versailles, París, la proporción baja de 5 a 1,7 por 10,000. Así, los grandes centros que han crecido y que están creciendo—por inmigración no por nacimientos—tienen el menor número de sacerdotes y las aldeas abandonadas tienen todavía demasiados.

La razón, es naturalmente, que en muchas pequeñas localidades en decadencia hay una antigua y muchas veces espléndida iglesia, y se sienten la imposibilidad de abandonarla. Por otra parte, hay localidades populosas donde un cura manco — desde la guerra — debe atender a 7 o 10 mil almas; o un cura y dos o tres sacer-

dotes coadjutores para servir a una población de 20 o 30 mil. En París y sus alrededores la situación es, naturalmente, peor que en todas partes.

PROGRESOS DEL CATOLICISMO EN INGLATERRA

LONDRES. — Se ha dicho muchas veces que Londres, más que una ciudad, es una provincia cubierta de casas. Por eso hay Londres-Norte, Londres-Sur, Londres-Este y Londres-Oeste. El obispo de la diócesis Londres-Sur, compuesta de 78 iglesias, ha lanzado últimamente una pastoral de la cual sacamos las siguientes informaciones que dan una idea clara del progreso del catolicismo en la capital de Inglaterra.

“La Iglesia del Sagrado Corazón en Wimbledon, dice el texto de la Pastoral, fué consagrada en mayo de 1931, la de la Bienaventurada Virgen en Norwood, en junio; y la de Santo Tomás de Cantorbery en septiembre. A pesar de la depresión general y de la mucha cesantía, que todos deploramos sinceramente, hemos podido habilitar una parte de una hermosísima iglesia en Coulsdon, y por fin, iglesias permanentes en East Molesey y Broadstairs.

Se han erigido capillas para decir misa en Biggin Hill, Banstead, Normandy y Purley; y un edificio ha sido adaptado para la misa en Edenbridge. Debemos mencionar la terminación de la Iglesia de Norbury el año pasado; y desde el último domingo del Rosario—es decir desde hace un año—nuevas pequeñas iglesias se han construido en Balham Caterham, Epsom y Forest-Hill, y la Iglesia de New Malden ha sido considerablemente ensanchada. En Englefield Green el presbiterio se ha terminado, y la nueva iglesia estará muy pronto lista para su apertura. La antigua iglesia de Tooting Bec fué derribada y está siendo reemplazada por una nueva. Un oratorio provisorio se ha abierto en Tertenden, y se ha construido otro en Benenden. Se nos ha obsequiado un sitio de Ruckinge. Hay ahora sacerdotes residentes en Aylesham, Carshalton, Cobham, Henfield, St. Helier y en Morden. Se dice misa los domingos en la Escuela de Raynes Park. La deuda de la iglesia de Clapham Common y la del presbiterio de San Patricio en Lam-

beth han sido canceladas. Se nos han obsequiado casas parroquiales en Burges Hill y en Goudhurst, y otra se está edificando en Coulsdon. Nos hemos visto obligados a construir una casa parroquial en Dowhan para dos sacerdotes, porque uno no bastaba para atender la creciente población, como lo demuestra una escuela con una matrícula de más de 500 niños católicos. En St. Helier State hemos tenido misa desde la fiesta de Cristo Rey y la escuela fué abierta en marzo. Hemos principiado a construir una nueva escuela en Northfleet, porque la antigua era inadecuada pero tememos que sea imposible encontrar dinero en la misma localidad. Ensanches han sido hechos en la escuela de las damas de María en Croydon, y también en las escuelas conventuales de Haywards Heath, en Herne By, en Hythe y en Ramsgate, como también en la Escuela de los Hermanos Cristianos en Blackheath.

Nuestra propia escuela para niños que lleva el nombre de Beato John Fisher ha aumentado en tal manera su matrícula en Croydon que hemos tenido que trasladarla a Purley, adquiriendo una escuela muy bien construída en una localidad fácilmente accesible por todas partes. Las Hermanas de la Santa Cruz, quienes, durante muchos años han realizado un excelente trabajo en su escuela de Wimbledon, están ahora abriendo otros dos conventos en la diócesis, con el propósito de establecer escuelas en Malden y en Woking, donde, por el momento, no tenemos nada para niños católicos. Una donación muy generosa hecha a las Hermanas de los SS. CC. de Jesús y de María en Hambledon se ha convertido en una excelente escuela al aire libre para niños delicados, con capacidad para 100 niños; y procuraremos que las autoridades escolares, manden allí a nuestros niños católicos y no a las instituciones no católicas.

Pedimos las oraciones de todos para el canónigo Collinson, para la señorita Mary Allanson, para la señora Estridge, para el Dr. Chance y para el señor William Eyre, por sus legados, han beneficiado grandemente a la diócesis; y también al señor John Courage, quien dejó un valioso órgano a nuestra Catedral. Este magnífico instrumento se está colocando en este momento a expensas de su fortuna y esperamos que él ha de traer a mayor número de miembros de

nuestro rebaño a oír la música eclesiástica que tan excelentemente se toca en San Jorge".

Hasta aquí la Pastoral del Obispo de Southwark o Londres-Sur. Refiriéndose a la escuela John Fisher, el Obispo menciona su propia donación de más de £ 7,000 para su fundación. Este obsequio fué la aplicación generosa de todo el dinero ofrecido a S. S. cuando la celebración de sus bodas de plata episcopales.

Solo nos resta agregar, para dar una idea de la labor del Obispo de Southwark, que dentro de los límites de su diócesis, 1.100 personas de ambos sexos, antes pertenecientes a las diversas confesiones, protestantes o carentes de toda fe religiosa, entraron a la Iglesia Católica, en el curso del año 1931.

CONVERTIDOS DE LOS ÚLTIMOS MESES

La Revista "La Liga Eucarística de las Naciones" de Viena, escribe bajo éste capítulo:

Sin interrupción nos llegan también en estos últimos tiempos siempre nuevas noticias de ilustres convertidos de ambos sexos. Así ingresó a la Iglesia el famoso teólogo y filósofo protestante Oskar Bauhofer de Einsiedeln, Suiza.

Tiene sólo 35 años de edad y hasta la fecha era colaborador del Instituto Internacional de Ciencias Sociales de Ginebra. Las aspiraciones de unificación en el Protestantismo lo llevaron a la Iglesia Católica.

En Londres se convirtieron dos sacerdotes anglicanos: Domingo Cáster, director de una Misión en la Costa de Oro y que actualmente se prepara para el sacerdocio. El otro, su colega, Misionero de Aschanti, Pedro Harris, que está actualmente estudiando en el Colegio del Venerable Beda en Roma. En el mismo Colegio ha sido ordenado sacerdote el día 6 de Marzo del año en curso el famoso médico inglés y Rontgenólogo Georg Cantell. Pertenecía antes a la Iglesia Anglicana y conoció la Religión Católica más de cerca por la amistad que le ligó a Scouts Católicos. El Obispo de Plymouth, donde Cantell era Director del Instituto Rontgen, le mandó a Roma a terminar sus estudios teológicos. Su conversión es la causa de un vivo interés por la Iglesia Católica, entre los antiguos scouts ingleses. En Febrero murió en Londres

la Rev. Madre Cuthbert de la Congregación de las Domínicas de Santa Catalina de Siena. Hace 50 años se convirtió al Catolicismo y cinco años más tarde se hizo religiosa, teniendo a su cargo la atención de los enfermos y pobres de dos populosas parroquias. Ella enseñó a más de 600 convertidos en las doctrinas del Catolicismo.

En Friburgo, Suiza, fué ordenado sacerdote el ex-predicador anglicano Enoch Theodor Baldwin, pariente del famoso ministro de Estado del mismo apellido.

En Oslo (Noruega), cantó su primera Misa el sacerdote Alf Høgh, antes luterano. La solemne ceremonia se llevó a cabo en la Iglesia de San Olaf.

Seiscientos Beduinos griegos ortodoxos de la Transjordania solicitaron del Patriarca latino de Jerusalem que los recibiera en el seno de la Iglesia Católica. El prelado designó a un sacerdote para que les introdujera en los misterios de nuestra Religión.

En la India ingresaron 50 prebisterianos juntos con el Pastor Kirk a la Iglesia y en distrito de Kistnan pidieron 3,000 protestantes al Prefecto Apostólico Msgr. Douend por escrito que los admita entre sus feligreses. También de otros distritos han sido anunciadas conversiones en masa.

Las conversiones entre los Jakobitas son cada vez más numerosas: de todas partes llegan solicitudes de admisión a la Iglesia. Lo mismo sucede entre los Koptos, pero desgraciadamente escasean en ambas partes los dos elementos primordiales para satisfacer ampliamente a aquellas buenas gentes: sacerdotes y dinero. En fin, Dios proveerá.

En las Islas Filipinas se retiró de la Masonería uno de los más influyentes políticos, el presidente Quezón. El motivo de su conversión fué la lectura de una biografía de Santa Teresa y de muchas oraciones que fueron ofrecidas por él. Al ser recibido en la Iglesia declaró: "Ahora soy el hombre más feliz del mundo".

Una noticia muy parecida nos llega de la India: El ex-Gran Maestro de la Logia Rowbotham murió en Trichinnopoli como católico. La amistad con un padre Jesuita fué la causa de su vuelta a la Iglesia.

Del Japón nos comunican dos conversiones que causaron sensación: En Fukuoka se convirtió un médico con toda su familia y el secretario del Obispo Anglicano. En parte fueron estas conversiones motivadas por el buen ejemplo de un ex-compañero de ambos: del profesor del Derecho Internacional de la Universidad Imperial de Fukuoka, Dr. Ozawa, quien, entusiasmado por la figura del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, se hizo católico en 1929, trabajando desde entonces sin descanso en la conversión de sus compatriotas.

En el año pasado murió en la isla Honolulu, José Dutton, llamado Hermano José, un discípulo del famoso Padre Damián. Dutton era capitán durante la guerra civil americana, después se convirtió al Catolicismo, pasó dos años entre los Trapenses y desde el año 1886 trabajaba entre los leprosos.

Firme en la fe

Un inglés muerto en 1915, dejó a su sobrino católico en el testamento la suma de £ 5,000, bajo la condición de que se hiciera protestante al llegar a la mayoría de edad. En 1929 el juzgado concedió al heredero un plazo adicional para que se diera el paso exigido, pero como aún ahora el joven prefiere su religión católica a las £ 5,000, éstas han sido entregadas a la Universidad de Oxford, conforme a una cláusula del testamento.

CIUDAD DE VATICANO: Hace poco visitó una delegación musulmana al Santo Padre rogándole interponga sus buenos oficios para obtener un mejor tratamiento de parte del gobierno, de los musulmanes que habitan en la península Crimea. Y pensar que hubo un tiempo en que los sultanes de Turquía soñaban con transformar en caballerizas la Basílica de San Pedro en Roma.

PEKIN: Con ocasión de una visita que hizo el delegado Apostólico Monseñor Costantini a una exposición de cuadros conoció también los trabajos del pintor Sr. Cheng, que se distinguen por sus finezas y por su perfección en la técnica

pictórica china. Se le ocurrió al Delegado que un maestro como Cheng debería resultar un exímio pintor de motivos religiosos y con este fin lo invitó a su residencia, donde le dió a leer los Santos Evangelios y le mostró algunas de las más famosas pinturas de las escuelas cristianas. El señor Cheng se profundizó en la lectura de los Libros Sagrados y al poco tiempo obsequió al Delegado un cuadro, representando a la Santísima Virgen, en adoración delante del Niño Jesús. Esta obra le conquistó aplausos unánimes lo que le alentó a seguir adelante, confeccionando nuevos cuadros del mismo género, todos pintados en frescos colores sobre seda blanca. A principios del año en curso escribió al Delegado, manifestando el deseo de conocer más de cerca la religión católica. El secretario chino de la Delegación se encargó de enseñar al señor Cheng los misterios de nuestra fe y en el día de Pentecostés Monseñor Costantini le administró el Bautismo, imponiéndole el nombre Lucas. Ahora el señor Cheng es profesor de pintura de la Universidad de Pekín.

PARIS. No hace mucho volvió de la India el Rev. Padre Savina, del Seminario de Misioneros de París.

Durante los treinta años de su labor apostólica encontró todavía el tiempo suficiente para investigaciones científicas de trascendental importancia: escribió no menos de siete diccionarios de otros tantas idiomas indios; todos ellos desconocidos hasta entonces. En 1907 publicó su diccionario Tay-anamítico, en 1917 otro miao-francés y uno nug-chino en 1924. En los años 1925 al 28 siguió con diccionarios de las lenguas: man, hoklo, ouang-be y hai-ao. Escribió también una historia de los miao entre los cuales vivió muchos años, estudiando sus costumbres, tradiciones, etc. El idioma de aquel pueblo como también en las demás antes mencionadas, eran completamente desconocidas hasta que el Padre Savina las descubrió. Hay que tomar en cuenta que no se trata de dialectos, sino de idiomas enteramente distintos entre sí. Sobre la isla Hainan escribió una monografía completa, acompañándola de mapas geográficos y etnográficos. Un trabajo gigantesco para un solo hombre. El celoso padre piensa volver pronto a su puesto en las misiones.

BIBLIOGRAFIA

LAS DICTADURAS, por Francisco Cambó. Edición Nosotros, 1932.

Entre las numerosas obras que empresas editoriales han reeditado en Chile, una de las más notables es sin duda: "Las Dictaduras"; el célebre libro del pensador político catalán Francisco Cambó. El estudio de las causas de toda dictadura política,—que es también una manera de estudiar de evitarlas,—es muy profundo, útil e interesante.

La exposición de las consecuencias resulta para nosotros, en la hora actual, una página de nuestra historia reciente y acaso futura. Libro sereno, profundo y agradable, que hará un bien positivo en los ambientes políticos que lo conozcan y mediten.

Oct. Huysman M. Ap. LE PERE LAZARE. La conversión Heroique d'un prêtre indien. (115 pág.) Louvain, 8 rue des Recollets 1930, Editions de L. A. U. C. A. M.

La historia de la conversión de un niño hindú de noble casta que más tarde llegó a ser sacerdote de la diócesis de Trichinopoly. Para realizar sus anhelos tenía que soportar muchas persecuciones, siendo su valor digno de toda admiración. Después de sólo 14 años de sacerdocio, el Señor le llamó a sí y ya goza del galardón tan bien merecido.

P. Guillermo Furlong Cardiff, S. J. EL PADRE JOSE QUIROGA. (96 pág. y un mapa). Buenos Aires 1930, Casa Jacobo Peuser Ltda.

El autor nos ofrece aquí una biografía del famoso matemático y cartógrafo P. José Quiroga, muy conocido en la historia colonial y misionera de las regiones del Río de la Plata. El trabajo está hecho a base de muchos documentos inéditos. El mapa de los ríos paraguayos es uno de los más notables y exactos que se conoce. Desgraciadamente se han perdido una parte de los escritos del Padre Quiroga durante la supresión de la Compañía de Jesús, o por lo menos no se ha podido dar con ellos, debido al cierto desorden reinante en el Archivo del Depósito Hidrográfico de Madrid.

Franz Krüger. CRISTO FRENTE A MOSCOU. (64 pág.) Wiesbaden. Ed. Hermann Rauch.

El opúsculo tiene por objeto despertar los países de Europa. El dominio del capital y del Soviet, ambos procedentes de una mis-

ma raíz, se hallan frente a frente con el Catolicismo. Un llamado a la Acción Católica y para que nos acordemos de nuestras grandes fuerzas frente al peligro comunista.

E. Sienkiewicz. UNA CORRIDA DE TOROS EN MADRID. (42 pág.) Santiago, 1932. Editorial Splendor.

El primer número de "La Novela Blanca": Celebramos la idea de la Empresa de publicar novelitas de plumas notables, económicas de presentación moderna. A juzgar por la inundación de reimpresiones de obras de toda índole debe reinar una verdadera avidez de lectura. El guía para la elección de las obras que se publican es la más de las veces la sensación y el lucro, sino algo peor. Hay que satisfacer esta avidez, pero escoger con buen criterio, como lo hace Splendor. Respecto a la novelita en sí, nada hay que agregar, todo lo dice el nombre del autor.

Maurice Paleologue, LAS FUERZAS ESPIRITUALES DE RUSIA. Traducción de M. Vega, Santiago 1932. Editorial Splendor.

El profundo conocedor del pueblo ruso y muy especialmente de su psicología nos pinta sobre el fondo de los acontecimientos históricos el alma rusa, más cristiana en su fondo que ortodoxa, contradictorio en sí, inclinado tanto al fatalismo como a la rebelión. Al leer el folleto pasamos revista a los sufrimientos del aristócrata, del intelectual, del mujik; al utópico plan quinquenal con su consiguiente explotación del proletario, el fanatismo y la abyección de la "Oligarquía de fascinosos" y al final nos preguntamos: ¿Cuándo se alzará aquel pueblo para sacudir su yugo?

R. V. Ugarte y E. E. LA LUCHA DE CLASES Y SU VERDADERA SOLUCION. Santiago, 1932. Editorial Splendor.

En forma suscita y sencilla desarrollan los autores el origen y los efectos de las luchas sociales, cuya única solución es la doctrina católica, cristalizada en las incomparables encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragesimo anno". Quien no tenga el tiempo suficiente para estudiar este problema en toda su profundidad, lea este libro y quedará informado sobre los puntos principales de la cuestión social.